

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

mariscos a la heroína

Kelltom McIntire



Para Marcel Dallan, el porvenir se presentaba sombrío.

El inspector Martois lo había dicho la tarde anterior:

—Tienes que comprenderlo y obrar en consecuencia, Marcel: ya no eres un policía. Has sido expulsado de la brigada antinarcótico de la Sureté. A partir de ahora...

Y el ahora, el presente acababa de llegar. Se podía resumir en pocas palabras: Marcel Dallan, treinta y dos años, casado, ex policía, sin ningún porvenir.



Kelltom McIntire

Mariscos a la heroína

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1282

ePub r1.0

Lds 04.07.18

Título original: *Mariscos a la heroína*

Kelltom McIntire, 1975

Cubierta: Antonio Bernal

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Para Marcel Dallon, el porvenir se presentaba sombrío.

El inspector Martois lo había dicho la tarde anterior:

—Tienes que comprenderlo y obrar en consecuencia, Marcel: ya no eres un policía. Has sido expulsado de la brigada antinarcótico de la Sureté. A partir de ahora...

Y el ahora, el presente acababa de llegar. Se podía resumir en pocas palabras: Marcel Dallon, treinta y dos años, casado, ex policía, sin ningún porvenir.

Tendría que conducir un camión de ruta, o tomar un bar en traspaso, o...

O trabajar para LaCorda. Con LaCorda, el porvenir era color de oro.

En el autocar que le conducía desde la prisión a Marsella, Dallon miraba, sin ver, a través de los sucios cristales.

¿Amargado?

No lo confesaría jamás, pero era la cruda realidad: se sentía sin fondo, humillado y vencido.

Acababa de cumplir un año de prisión. Como cualquiera de los delincuentes a los que él había encarcelado.

En las altas esferas, su caso había provocado cierto escándalo. Y ya se sabe: cuando el escándalo se produce, alguien tiene que ocupar el poco agradable lugar del «cabeza de turco».

Dallon había matado a un hombre.

No importaba que su víctima fuera un delincuente nato, un asesino, la hez del hampa.

No importaba nada..., excepto que el inspector Marcel Dallon había matado a un hombre.

Se había excedido en sus atribuciones, había disparado

temerariamente contra un hombre que huía...

Dallan se pasó una mano sobre los delgados y duros labios. Ante sus ojos desfilaban las verdes copas de los setos que limitaban la carretera.

Era un día muy hermoso. Cielo azul, temperatura agradable, primavera...

Pensó en Danielle, su esposa. Danielle no había ido a visitarle a la prisión, ni siquiera una vez.

A pesar de que Dallan le había escrito docenas de cartas en los primeros meses, ni una sola de ellas había sido contestada.

—Claro —murmuró Dallan, cerrando los ojos para evitar el molesto escozor que le producía el exceso de luminosidad. ¿O no era exceso de luminosidad, sino amargura y rencor?

De todas formas, entendía la postura de Danielle. Ella era hermosa, culta, ambiciosa...

Danielle se había casado con él... por error. Ella, en verdad, había soñado siempre, desde jovencita, con una boda con un millonario. Pero las cosas se tuercen a veces y...

Dallan justificaba a Danielle, su bellísima y joven esposa. Danielle había sufrido mucho cuando él fue condenado a un año de prisión. Danielle se sintió avergonzada, humillada, dolorida, cuando Marcel Dallan, su esposo, fue conducido a la prisión.

Pero Dallan quería a Danielle. La amaba tiernamente, de corazón. Y la necesitaba, ahora más que nunca.

Necesitaba sentir sus tibias manos de largos dedos alrededor del cuello, acariciando su nuca. Necesitaba también escuchar su voz bien modulada, prodigándole frases de consuelo y de aliento.

Marcel estaba seguro de que ella tendría alguna explicación para su prolongado silencio. Claro que no tenían hijos, pero Danielle se habría visto en una delicada situación económica y tal vez se habría decidido a tomar un empleo.

Desde luego, lo primero que haría sería ir a su domicilio de la rué Lombard. Aquel apartamento era lo único de que verdaderamente disponían. Había resultado duro y agobiante pagarlo, pero ahora era suyo, y de Danielle, naturalmente.

El autocar se aproximaba a Marsella. El vehículo torció a la derecha de la place Gautoard y el rostro de Marcel Dallan se reflejó en el cristal.

Le costó trabajo reconocerse. ¿Eran aquéllas sus facciones, suyo el gesto amargo y el rictus de profunda humillación?

Carraspeó y alzó el cuadrado mentón.

—No debo sentirme humillado. Siempre cumplí con mi deber. Incluso cuando disparé contra André Brillet —murmuró.

Brillet. ¡Pensar que había pagado doce meses de cárcel por disparar contra aquel individuo...!

El historial policíaco de Brillet era impresionante: dos violaciones de niñas menores de diez años, agresión a un mendigo al que dejó casi muerto, robos, atracos...

Precisamente acababa de atracar una farmacia, cuando el inspector Dallan le descubrió, en las proximidades de la Avenue Picará.

La dependienta de la farmacia estaba en el suelo. Y su bata blanca, manchada de escarlata.

Algunos billetes se le habían caído a Brillet del bolsillo y revoloteaban todavía sobre la acera.

Brillet corría a buen paso hacia un automóvil estacionado a unos cuarenta metros. Del escape brotaba una débil columna azulada, señal de que Brillet había dejado el motor en marcha, en previsión de la escapada.

Dallan le reconoció por su desgarbada forma de correr. Y también por los amarillentos cabellos rubios flotando al viento.

—¡Quieto, Brillet, deténgase! —gritó Dallan, emprendiendo la persecución.

Cuando quiso pensarlo, su pistola estaba ya en la mano. Y Brillet se aproximaba al coche azul.

Volvió a repetir, a voz en cuello, su orden.

Brillet volvió la cabeza, sin detenerse, y disparó un revólver. El balazo perforó la gabardina del policía, sin llegar a herirle.

Dallan imaginó que el delincuente iba a escapar. Y en los bajos fondos de Marsella sería punto menos que imposible encontrarle.

No habría más prueba contra Brillet que la declaración de Dallan. Y el policía sabía que su simple declaración no sería suficiente.

Además, Brillet había disparado contra un agente de la ley, contra un policía. Era un individuo mil veces peligroso. Humanamente, un ser abyecto, de instintos bestiales.

Brillet llegó junto al coche. E incluso llegó a abrir la portezuela de la derecha.

Fue el último movimiento que llegó a realizar *coa* absoluta conciencia. Porque los dos balazos de Dallan le dejaron seco en el momento de dejarse caer sobre el asiento.

El revólver escapó de entre sus dedos y cayó a la alfombrilla próxima. Alguien, quizá un empleado del servicio de limpieza, había retirado la reja que protegía la alfombrilla.

Dallan llegó a la carrera.

Sólo tuvo que mirar el rostro delgado y pálido de Brillet para comprender que el fugitivo había muerto ya. Instantáneamente.

Dallan sabía lo que tenía que hacer. Y buscó el revólver de Brillet. Era una prueba necesaria, imprescindible.

Miró la alfombrilla y palideció. Agachado, trató de alcanzar el revólver, que se deslizaba lentamente impulsado por la corriente de aguas residuales.

Su brazo no llegaba. Y el revólver de Brillet desapareció.

Algunos curiosos se aproximaron y empezaron a hacer los acostumbrados comentarios.

—Está muerto. ¡Él le mató!

—¡Cállense! —bramó Dallan, fuera de sí—. Este hombre es un delincuente. Yo soy policía. Iba a escapar después de cometer un atraco. Y...

Un gendarme se acercó.

Dallan miraba constantemente hacia la alfombrilla. Presentó su documentación al gendarme y le preguntó si sabía dónde estaba la próxima alfombrilla.

El hombre se le quedó mirando con gesto estúpido.

—¿Por qué? ¿Acaso se le han caído unas monedas?

—¡No! —replicó Dallan, furioso—. El revólver de ese hombre cayó a la alfombrilla. Tengo que recuperarlo. Avise a la comisaría y diga que envíen una ambulancia. Yo iré a ver si...

Estúpido, absurdo. Aquella misma tarde, los bomberos iban a intentar encontrar el revólver de André Brillet. Desgraciadamente, el revólver no sería recuperado jamás.

Antes de ello, Dallan se había presentado en la comisaría. El comisario Blafeur le había mirado de reojo.

—Mal asunto, Dallan. Es la tercera vez que mata a un hombre.

La indignación apenas permitió hablar a Dallan.

—Pero... ¡usted habla de matar! Por desgracia, la ley se ve obligada a matar a veces, para salvaguardar a los ciudadanos. Es cierto que he quitado la vida a tres hombres. Pero en uso de la fuerza y la autoridad que me da la ley. Eran tres asesinos natos, tres delincuentes peligrosísimos.

Blafeur le interrumpió sin cortesía:

—Es usted duro, violento, Dallan. Creo que esta vez se ha pasado de la raya. Ruegue porque el revólver que usted atribuye a Brillet sea encontrado. Caso contrario...

—No atribuyo nada, comisario. ¡Es la verdad absoluta! ¡Vea mi gabardina! Brillet me la perforó de un balazo —gritó Dallan.

Blafeur no se molestó en mirar el agujero en la gabardina del inspector Dallan.

—Alza demasiado la voz, Marcel. Será mejor que se serene. O deberé enviarle a su domicilio. Mantenga fría la cabeza y todo irá mejor para usted.

Dallan abandonó el despacho del comisario. ¿Por qué aquel hombre le despreciaba, por qué el comisario Blafeur parecía odiarle?

Tal vez porque el historial del joven Dallan era brillante y claro. Quizá porque Blafeur había ido ascendiendo lentamente, desde el humilde empleo de gendarme callejero.

Dallan esperó en el despacho de la brigada antinarcótico. Se sentía desusadamente nervioso, inquieto.

A las nueve de la noche, el inspector Jean Martois, un hombre de aspecto macizo, directo y rudo, penetró en la habitación.

—El comisario quiere hablar contigo, Marcel —dijo, ceñudo.

—¿Encontraron el revólver? —preguntó Dallan, con ansia.

Martois no dijo nada. Parecía embarazado, violento.

—No hagas esperar a *monsieur* Blafeur, Marcel. No parece de muy buen humor —insistió Martois.

Marcel se alzó de la silla y recorrió el pasillo a grandes zancadas. No aguardó a escuchar la voz del comisario, pasó adentro tras golpear brevemente en la puerta.

—Comisario...

—No puedo decirle que su situación sea muy buena, Dallan. Los bomberos no han encontrado ese revólver al que usted aludió en su

declaración. Los periodistas hablarán de la brutalidad de los métodos policiales, y yo... tendré que separarle momentáneamente del servicio. Así pues, a partir de ahora, queda franco. Aguarde en su domicilio. Le avisaré de cualquier novedad.

—Pero... ¡es inconcebible! —exclamó el policía.

Blafeur golpeó la mesa con energía.

—No me haga perder el tiempo, Marcel. Bastante voy a tener con aguantar el aluvión de reconvenciones que caerán sobre mí desde las más altas esferas de la Seguridad. Váyase —ordenó el comisario, malhumorado.

Aquél fue el principio. A pesar de sus temores, Marcel Dallon había alentado la esperanza de que todo quedase en una amonestación, o en la suspensión de empleo y sueldo durante dos o tres meses. Pero...

El firmamento se derrumbó sobre él. Un abogado, joven y ambicioso, llamado Dalember, se adjudicó la representación de los familiares de la víctima, una prostituta, llamada Augustine Beaupain, su aparente esposa, y una jovencita de rostro cándido que se hacía pasar por hija de Brillet.

Dalember insistió en que había motivos suficientes para procesar al inspector Marcel Dallon. Y el juez accedió al proceso.

¿El resultado? Un año de prisión para Dallon y la expulsión de la Sureté.

CAPÍTULO II

El taxi le dejó hacia la mitad de la calle Lombard.

Dallan pagó y se separó aprisa del coche.

En los cristales de las Galeries Parroise contempló su silueta: la cabeza hundida entre los hombros, la espalda arqueada, su aire de profundo abatimiento.

Volvió a alzarse con irritación, con rebeldía.

En cuanto viera a Danielle, todo cambiaría. Dejaría de ser taciturno para volver a sonreír, estaba seguro.

En cuanto el cuerpo de Danielle, tibio y turgente, se fundiese con el suyo...

Se detuvo ante el vestíbulo de su casa. Y luego penetró, tras cierta vacilación.

Penetró en el ascensor, ascendió hasta la planta quinta. El mismo confortable pasillo, decorado con ficus, pavimentado con excelente *parquet* de roble, el aire cálido, oloroso, limpio...

Pulsó el timbre del apartamento D. Un ligero temblor agitó sus dedos.

Esperó. Danielle no venía a abrir. ¿Habría salido?

Pulsó y pulsó el timbre hasta que el dedo índice empezó a dolerle. Entonces se abrió la puerta próxima.

Era la señora Doré, una mujer de mediana edad, de cabellos grises, muy elegante.

—Ah, el señor Dallan —dijo, con delicadeza—. Celebro verle, señor...

Marcel la interrumpió bruscamente:

—Discúlpeme. ¿Danielle?

—No está. Hace dos meses que no habita aquí. No, no dejó su dirección, pero sí me pidió que le entregase una carta. Espere, por

favor. Se la traeré.

Marcel aguardó, ansioso.

¿Qué estaba ocurriendo con Danielle? ¿Qué era aquello de abandonar su casa?

La señora Doré volvió enseguida y le tendió el sobre y la llave del apartamento.

—Gracias, muchas gracias —murmuró torpemente Dallan. Y penetró en su apartamento.

La casa estaba limpia y en orden. Pero las habitaciones estaban frías.

Encendió la calefacción y se sentó en un diván. Sus movimientos eran tan poco eficaces que desgarró el sobre de cualquier manera. Sacó la hoja de papel y sus ojos siguieron, ansiosos, las rectas líneas de la ciudadana letra inglesa de Danielle:

«Marcel:

»A pesar de lo dolida que me sentía, te he sido fiel durante diez meses. Ahora no puedo aguantar más. He conocido a un hombre. Se llama Jules Pierremont y es un caballero con el porvenir asegurado, muy amable y cariñoso. Me he entregado a él, no quiero mentirte. Mi abogado, *monsieur* Barillard, acogerá una petición de divorcio por tu parte.

»Afectuosamente,

»*Danielle*».

Dallan dejó caer la hoja de papel y jadeó como un jabalí herido en sus entrañas.

Danielle... en brazos de otro hombre. Danielle, dulce, bella, delicada, elegante, entregada a un tipo llamado Pierremont.

Pierremont, Pierremont, ¿quién era Pierremont?

Hizo un esfuerzo por poner un rostro a aquel apellido, pero le fue imposible.

De repente, la furia estalló en el pecho del ex inspector Dallan. Con violencia terrible apresó la pantalla de pie y la golpeó contra el

pavimento hasta destrozarla.

Los libros de la estantería próxima fueron desgajados de sus lomos y convertidos en papelotes.

A patadas, a puñetazos, golpeó los muebles, las paredes, el suelo...

Un sollozo hondo subió de su garganta.

Sobre el suelo, los brazos extendidos y la frente sobre el piso, Dallan respiró, jadeante.

Pasaron los minutos. Al fin se puso en pie y contempló el desastre a su alrededor.

Con infinita paciencia fue recogiendo los destrozados libros y los colocó en la biblioteca.

Fue al cuarto, se desnudó y se puso bajo la ducha.

Sus músculos se tonificaron y sus nervios, hiperexcitados, comenzaron a relajarse.

En el armario de la alcoba estaban todos sus trajes cuidadosamente alineados. Tomó uno azul oscuro y se vistió.

Ante el espejo se peinó cuidadosamente. Luego se contempló con afán crítico y movió la cabeza.

—Ojos hundidos, párpados oscuros, mejillas demacradas y pálidas... ¡Ese eres tú, Marcel Dallan! —exclamó en voz baja.

Al ir a tomar un pañuelo limpio, sus dedos rozaron el revólver. ¡Ah, el viejo y querido revólver!

Marcel había tenido que entregar en la comisaría su pistola de reglamento, pero el revólver era de su propiedad y Danielle lo había guardado en el ropero. Incluso su tambor estaba lleno de balas en buen estado.

Se lo metió en el bolsillo, sin saber por qué.

Danielle lo había dicho en aquella carta: «Mi abogado, *monsieur* Barillard, acogerá una demanda de divorcio por tu parte».

—Pues bien, iré a ver a Barillard. Cuanto antes, mejor —dijo.

Tenía que resignarse: había perdido a Danielle. Lo malo, lo inquietante era lo que Marcel comenzaba a pensar ahora: ¿le había amado realmente Danielle, le había amado alguna vez o... todo había sido un sueño?

La casa estaba llena del perfume que ella solía usar. Olvidarla ahora mismo, ya, no era tan fácil. Tendría que acostumbrarse a la idea lentamente, con tiempo.

En la caja de música forrada de suave cuero rojo, Marcel encontró dos mil francos.

Era el lugar habitual para guardar dinero. ¿Le había sobrado el dinero a Danielle?

Tomó los billetes y se los guardó.

Al fin abandonó su casa y bajó en el ascensor. En la misma rué Lombard estaba el garaje de Louis Rimbaud, donde Dallan solía guardar su

«DS-21»

de color claro.

Penetró en el garaje. Louis le saludó elevando la mano, desde el fondo de la nave.

—Ah, inspector, volvemos a vemos, ¿eh? —gritó Louis.

Vino hacia él y le ofreció su mano, gruesa y recia. Mano de dedos gordos, machacados, negruzcos por la grasa, de grandes uñas casi planas. Mano de un hombre honrado.

—Hola, Louis. Pero no me llames inspector. Ya no lo soy. No soy policía. Soy un hombre cualquiera. Has engordado, viejo amigo. ¿Mi coche? Ya, supongo que no estará disponible. Ha pasado tanto tiempo...

—¿Quién dijo que no está disponible el automóvil de mi amigo Dallan? Ni un solo día he dejado de poner el coche en marcha. Mis chicos lo han engrasado de cuando en cuando. ¡Venga, venga! ¿Una cerveza a que arranca a la primera?

El coche estaba en un extremo del garaje, cerca de la pequeña oficina, protegido por unos bidones.

Y arrancó al primer intento. El motor zumbaba suavemente cuando Marcel se colocó tras el volante.

Luego cortó el encendido, pasó una mano sobre el cuidado tapizado y tornó a salir.

—¿Qué? Creo que ha perdido una cerveza, Marcel. ¿Qué tal si atravesamos la calle y entramos en Chez Paumier? —exclamó alegremente Louis.

—Te debo algo más que una cerveza, Louis. Has cuidado de mi coche como si de un bebé se tratase...

El mecánico le agarró por un brazo y se lo oprimió con fuerza.

—Calle, inspector Dallan. Yo le debo algo más que eso. ¿Recuerda el día en que raptaron a mi pequeña Jeannette? Yo

estaba loco de dolor, hundido, destrozado. Usted me prometió que encontraría a la niña. Y lo hizo. Cuando le vi entrar con Jeannette en brazos, en aquella habitación de comisaría, yo volví a ser un hombre, *monsieur*

l'inspecteur

—murmuró Louis con voz densa, enronquecida.

También Dallan lo recordaba. Eran sus primeros tiempos como policía.

Para recuperar con vida a Jeannette Rimbaud, Dallan había tenido que matar a un hombre y herir a otro.

El hombre que murió era un marroquí llamado Hassan Barka. Barka estaba siendo buscado por la policía, tras haber asesinado a balazos a un comerciante y su esposa en la rué Forges.

Pero para Dallan había supuesto una nota desfavorable en su historial. Hassan Barka era un asesino, pero su muerte pesó mucho a la hora de procesar al inspector Dallan por la muerte de Brillet, otro sádico asesino.

—Jeannette está muy bonita, Marcel —estaba diciendo Louis—. Ya la verá, está hecha toda una mujercita. Pero ¿temamos esa cerveza?

Dallan tenía prisa. Quería entrevistarse con el abogado Barillard, presentarle su demanda de divorcio.

Pero a fin de cuentas, ¿no importaba más Louis Rimbaud? Barillard podía esperar.

Apenas pudo disimular el suspiro al recordar a Danielle. Y Louis lo advirtió. Pero no dijo nada.

—Vamos a tomar esa cerveza, Louis. ¡Hace tanto tiempo que no bebo una jarra llena hasta rebosar...!

Abandonaron el garaje, cruzaron la calle.

Ante la cervecería se hallaba estacionado un gran automóvil americano. Un «Plymouth», blanco, perfecto, larguísimo, tapizado en auténtico cuero.

La cervecería estaba llena a rebosar. A pesar de ello, el gordísimo Paumier alzó una mano en señal de saludo y les abrió un hueco en la barra.

—Bien venido, señor Dallan. Celebro verle de nuevo.

—Gracias, Paumier —respondió el ex policía, confortado ante aquellas muestras de afecto.

Louis hizo tintinear su jarra en un mudo brindis. Dallan bebió con ansia y se volvió. Un camarero le tocó en el brazo.

—Señor...

—¿Sí?

—La señora que ocupa la mesa del rincón quiere verle. Si me hace el favor, señor...

Dallan miró en la dirección que le indicaba el camarero y contempló a la bella mujer rubia que le miraba fijamente.

No tardó en reconocerla. Se trataba de Katy Summerfield, una prostituta norteamericana de cierta categoría, afincada en Francia.

Una *horizontale de luxe*, como diría el inspector Martois. Miss Summerfield acostumbraba a dedicar su atención solamente a los hombres que disponían de una cuenta corriente en el Banco.

¿Por qué, entonces, parecía interesada en verle?

Pidió excusas a Louis y llevando su jarra de cerveza en la mano, se abrió paso entre la concurrencia hacia el rincón.

Miss Summerfield le dedicó una sonrisa fascinante de sus hermosos ojos verdes.

—Siéntese, señor Dallan. Parece sorprendido, ¿por qué?

Había cruzado sus piernas con descaro, para que él pudiera contemplar sus perfectos muslos sin esfuerzo.

—Dígame de qué se trata —respondió Dallan, impaciente.

Katy plegó los labios en una mueca desdeñosa.

—Otros darían un brazo por pasar unos minutos en mi presencia —bromeó, coqueta.

—Tengo prisa, he de hacer algo esta tarde. Si sólo me ha llamado para pasar el rato, lamento...

—Quédese ahí —exclamó ella, cambiando velozmente de actitud—. No he venido aquí por mi gusto. Detesto a los policías, aunque... hayan sido expulsados como usted. Me envía el señor LaCorda. Quiere mantener cierta conversación con usted.

Dallan se sintió íntimamente sorprendido. ¡LaCorda, Giovanni LaCorda, el número uno del Midi, el gángster poderoso, multimillonario, inaprensible; el hombre al que había dedicado miles y miles de horas de trabajo el servicio antinarcótico de la Sureté!

¿Qué podía querer LaCorda de un policía despreciado por la Seguridad?

Por un momento, Dallan se vio asaltado por una poderosa tentación.

¿No le habían expulsado? ¿Por qué, entonces, no pasarse al bando contrario? LaCorda era un hombre de oro, que convertía en millonarios a todos los que le servían.

Ahora, Dallan no podía encontrar otra compensación a sus amarguras que un buen fajo de francos en su bolsillo.

Sin embargo, no cedió a la tentación.

Alzó la mirada y clavó sus ojos grises en los verdes de la provocativa Katy Summerfield. —Lo siento. Dígale a LaCorda que no tengo nada que hablar con él— dijo con firmeza.

Ante la furiosa expresión de la Summerfield, Dallan volvió sobre sus pasos y se reunió con Louis Rimbaud, que le guiñó un ojo con malicia.

—Hermosa hembra, Marcel. Cualquier hombre se sentiría orgulloso al ser solicitado por ella. Supongo que han acordado una cita, ¿eh?

Pero Dallan dejó un billete sobre la barra y le sacó a la calle.

Quizá todavía fuera hora de entrevistarse con el abogado Barillard.

CAPÍTULO III

El sol penetraba por las rendijas de la persiana.

Dallan entreabrió los ojos, volvió a cerrarlos, deslumbrado, y luego se arrojó de un salto fuera del lecho.

En poco más de diez minutos se había duchado, afeitado y vestido. Bajó a la calle y entró en una cafetería. Desayunó sin apetito.

A las diez de la mañana estaba en la Centrale de la Sureté. El gendarme de la entrada, Gilles, un viejo conocido, le dejó entrar.

En las brigadas parecía existir cierto revuelo. Los policías entraban y salían en los despachos y todo el mundo parecía muy excitado.

Dallan cambió unas palabras con un joven policía llamado Previn.

—¿El comisario Blafeur? —respondió Previn—. Oh, no, no está aquí. Blafeur fue trasladado a Lyon. El comisario se llama Martois, ¿le conoce?

¡Martois, comisario!

Dio las gracias a Previn y siguió pasillo adelante. Golpeó con los nudillos en la puerta del despacho del comisario y la empujó cuando escuchó un enérgico «¡adelante!, ¿qué espera para entrar?».

Entró. Martois estaba inclinado sobre su mesa, contemplando unos documentos en presencia de tres de sus inspectores.

Martois alzó la cabeza y le vio. Por un momento, el comisario pareció embarazado.

También Dallan se sentía así: embarazado, confuso, humillado. Porque había venido a pedir, a suplicar.

—Ah, Marcel. Adelante, acércate —exclamó Martois, tras un pronunciado carraspeo.

Tímidamente, Dallan avanzó y estrechó la mano que el fornido Martois le ofrecía.

—¿Quieren dejarnos solos unos minutos? Vuelvan dentro de un cuarto de hora —pidió Martois a sus colaboradores.

Cuando quedaron solos, Dallan se aclaró la garganta y miró a su antiguo camarada.

—Enhorabuena, Jean. Has subido rápidamente de categoría. Lo mereces —dijo.

—Gracias. Y tú, ¿qué tal, viejo amigo? Hubiera ido a esperarte ayer, pero ya sabes...

—No tienes que justificarte, Jean. Lo comprendo: estaría mal visto que todo un comisario especial fuera a la prisión a esperar la salida de un hombre expulsado de la policía...

Martois enrojeció. Y se puso en pie de un brinco.

—No es por eso, maldita sea —gruñó—. Estamos todos bailando un condenado baile desde que recibimos, ayer, un mensaje de nuestros confidentes de Tánger. Anuncian un importantísimo alijo de estupefacientes, destino Marsella. Por supuesto, estoy seguro de que el destinatario es ese escurridizo LaCorda. Los confidentes no saben qué barco transportará el alijo, pero sí que la carga será descargada en Marsella: doscientos kilos de heroína refinada, ¿te imaginas, Marcel? Todos estamos locos tratando de organizar una cuidadosa vigilancia del movimiento portuario. Es por eso por lo que no pude ir a esperarte, pero ése era precisamente mi deseo.

—Lo siento, Jean. Pensé...

—Ya lo sé. Por lo demás, no me he olvidado de ti. He pensado en una solución...

Dallan se puso en pie impetuosamente.

—¿Podré volver a la policía? Blafeur...

El rostro ancho y enérgico de Martois se tornó gris.

—En cuanto a eso, siento decirte que no hay la menor esperanza. Un policía expulsado no vuelve jamás al Cuerpo, salvo raras excepciones. Tendría que ocurrir un milagro, un verdadero milagro, Marcel. Pero ¡vamos! No tienes que desesperarte. La policía no lo es todo. Un hombre de tu capacidad puede conseguir muchas cosas importantes. Por cierto, estuve hablando con Choffin. Está dispuesto a ofrecerte un puesto de detective privado en su agencia.

Dallan se derrumbó sobre su asiento.

Tardó en contestar, porque el nudo en su garganta le impedía articular el menor sonido inteligible.

Cuando lo hizo su voz sonó ronca, desesperada y lejana:

—Te agradezco tu interés, Jean, pero no estoy dispuesto a dedicar mi vida a espiar a esposas infieles. En realidad, si no puedo volver a la policía... nada me importa. Buenos días, Jean.

Antes de que el comisario hubiera podido impedirlo, Dallan se había alzado del asiento y se dirigía hacia la puerta.

Martois corrió tras él.

—¡Espera, Marcel! Es posible que...

Pero Dallan había desaparecido ya en el recodo del pasillo.

* * *

Tenía el rostro atezado de un campesino siciliano. Sus cabellos eran negros y rizosos, un poco canosos en los aladares. Poseía una poderosa barbilla, unas cejas muy pobladas y unos ojos perspicaces y duros. El abdomen, hinchado, parecía a punto de reventar su camisa blanca.

Aquel hombre era Giovanni LaCorda.

LaCorda también estaba examinando cuidadosamente a su visitante.

—Es curioso —dijo, dejando su cigarro toscano en el cenicero—. ¿Por qué no accedió ayer a acompañar a Katy Summerfield y en cambio viene hoy por su propia voluntad, Dallan?

Marcel aguantó la mirada de aquellos ojos penetrantes.

—Usted no puede comprenderme, señor LaCorda.

—Intente explicarse —insinuó LaCorda.

—Verá, *monsieur*: no soy hombre que se deje conducir por una mujer, por muy bella que sea. Miss Summerfield era la viva estampa de la *lady* inglesa que trata de poner el collar al pequinés. Y el pequinés, en tal caso, era yo. Preferí venir hasta aquí por mis propios medios. Y entrevistarme directamente con usted, *monsieur*, sin intermediarios —dijo Dallan, con energía.

Una sonrisa se insinuó en el ancho rostro de LaCorda.

—No sea ingenuo, muchacho —exclamó, con sorna—. Sé que es el despecho lo que le empuja hacia mí. Estuvo en la comisaría, trató

de buscar un arreglo para volver a la policía, ¿no es cierto?

El rostro de Dallan no expresó la inmensa sorpresa que las palabras de Giovanni LaCorda le producían.

¿Cómo podía estar tan bien informado el poderoso individuo? ¿Había llegado a sobornar a la policía?

Se encogió mentalmente de hombros. Aquella posibilidad le dejaba frío.

—¿Qué contesta? Parece meditar la respuesta —rió LaCorda.

—Siempre medito mis respuestas, jamás me precipito, *monsieur*. Soy un hombre frío, sensato y cauto. En cuanto a lo que acaba de insinuar, confieso que me siento rabioso, aunque estoy seguro de que mi rabia y mi despecho no se reflejan en mi expresión. Pero la auténtica razón de no haber venido antes, sigue siendo la misma: prefiero entenderme con los hombres. De paso...

—Siga, no se interrumpa.

—Pues bien: de paso, mi visita a la comisaría servirá para prestarle mi primer servicio, *monsieur* LaCorda.

—¿De qué se trata?

—Verá: hay una gran excitación entre los hombres del servicio antinarcóticos. Se rumoreaba que un importante alijo de heroína está en camino, destino Marsella. Naturalmente, Martois está dispuesto a vigilar constante y escrupulosamente cuantos barcos lleguen al puerto...

La carcajada de LaCorda le interrumpió.

Reía verdaderamente, a grandes carcajadas que hinchaban su abdomen.

Finalmente, sus risas cesaron. Pero sus ojos sonreían, satisfechos.

—No está mal, Dallan. Y ahora escúcheme con atención: me interesan sus servicios. Un antiguo policía, joven y ambicioso, como usted, me servirá de mucho.

Conoce la organización policial, los servicios, las costumbres de la policía... Todo eso puede ser muy interesante. A cambio de su lealtad, se enriquecerá, si sabe hacer gala de esa sensatez, dureza y cautela de que antes me hablaba.

El toscano se había apagado. LaCorda lo aplastó con fuerza sobre el cenicero de plata.

—Pero... jamás perdono a los que me traicionan, no lo olvide. Si la idea de la traición bulle en su cerebro, lo mejor que puede hacer

es aprovechar la primera ocasión propicia y marcharse lejos.

Ahora no reía Giovanni LaCorda. Por el contrario, su entrecejo se había fruncido, sus labios se apretaban y sus ojos se habían empequeñecido y chispeaban, malignos.

—LaCorda no olvida, LaCorda no perdona —añadió, en voz baja, concentrada—. Si un hombre me traiciona, lo paga con la vida. Y no sólo él, sino toda su familia. Algunos hombres me han traicionado. Dallan. Pero ni uno solo de ellos vivió para contarlo.

Sacó una cigarrera y ofreció un cigarro a Dallan, que lo rechazó con un gesto amable.

—Pero no sigamos hablando de ello. Estoy seguro de que usted me servirá fielmente. Conozco su historial, Dallan. Tiene fama de hombre duro, violento e inflexible, pero también de fiel cumplidor de sus obligaciones. Desde luego, acepto su primer servicio y se lo agradezco. Pero... eso no es todo. Debo probarle.

—¿En qué consistirá esa prueba?

—Verá: hay un hombre en Marsella que me molesta. Es como el mosquito que perturba el sueño del león. Sus hombres me espían constantemente, me importunan con su presencia, me asquean, me ponen de mal humor. Ese hombre se llama Claude Choffin y dirige una agencia de investigación privada.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó Dallan, imperturbable.

—Mátele —ordenó fríamente LaCorda—. Éstas son mis instrucciones: deberá matarle hoy mismo. Podrá escoger por sí mismo el lugar y la hora. Pero que quede claro: no podrá utilizar máscara ni ningún otro medio que altere sus facciones.

Dallan se incorporó bruscamente.

—¿Por qué? —preguntó.

LaCorda volvió a reír.

Al otro lado de la cristalera estaba Leo Franco, su guardaespaldas.

—¿Es necesario explicarlo? —exclamó con tono irónico—. Uno de mis hombres tomará algunas fotos en el momento en que usted mate a Choffin. Y así... siempre tendré una prueba de primera categoría contra usted..., si me traiciona. Un fotógrafo cualquiera entregará las fotos a la policía. Y ¿qué cree que le ocurriría?

Dallan no se movió. Apoyado sobre la mesita contemplaba a Giovanni LaCorda.

—No está mal. En una organización de su categoría no podría faltar el hombre que elabora las ideas. ¿Quién es?

LaCorda alzó orgullosamente el mentón.

—¿Un hombre de paja? No, *mon ami*; soy yo y únicamente yo quien elabora las ideas. Todo ello forma parte de mi sistema de seguridad. Si quiere trabajar para mí, deberá matar a Claude Choffin. ¿Le interesa?

Dallan miró a través del ventanal. Aparte de la ancha espalda de Leo Franco, podía contemplar las azules aguas del Mediterráneo en una gran panorámica.

Lentamente se volvió hacia el gángster y pronunció:

—Desde luego, *monsieur*. He venido aquí para trabajar en su *gang*. Si tengo que matar a Choffin para pasar mi prueba, puede darle por muerto.

LaCorda le miró a través de una bocanada de humo azul.

Y dijo, como si de antemano estuviera seguro de ello:

—Eso espero.

* * *

—Discúlpeme —dijo Claude Choffin a *madame* de Somme. Y tomó el teléfono.

Madame sacó una pitillera de rubíes y extrajo un cigarrillo que encendió con un encendedor «Dupont» de oro macizo.

—En cuanto a mi caso —*madame* arrojó a lo alto una bocanada de humo azul—, quede bien claro, *monsieur* Choffin, que no le pagaré un solo franco si no demuestra documentalmente que esa *mademoiselle* Freschet está haciendo posible la infidelidad de mi esposo, Arnaud de Somme.

Pero Choffin parecía demasiado embebido en su conferencia telefónica para dedicarle una exclusiva atención.

—Por supuesto, *madame* —murmuró mecánicamente Choffin. Pero inmediatamente dedicó su atención al teléfono—. *Tout mon ami*.

d'accord,

Choffin colgó el teléfono y se volvió hacia la sofisticadísima *madame* de Somme. —¿Decíamos, *madame*?— insinuó.

—Cincuenta mil francos si consigue demostrar la infidelidad de

mi pobre Arnaud. No, no quiero el divorcio. ¡Dios me libre de ello! Arnaud es rico. Entiéndame, *monsieur* Choffin, sólo quiero asustarle. Cuando está asustado..., ¡suele ser tan espléndido...!

* * *

Port-Saint-Louis, once de la noche.

Marcel Dallan, aguardaba en la zona de estacionamiento del club Ancient Privé 201, próximo a la costa.

Desde el coche podía ver perfectamente la mancha blanca de la ambulancia. Y también la masa más oscura de un negro «Cadillac» aparcado junio a la Avenue des Paumes.

La muestra luminosa del club iluminaba la mitad de la zona de aparcamiento.

A las once y diez minutos, Dallan aplastó el cigarrillo en el cenicero del panel. Era el momento de hacer una revisión general.

A su derecha, sobre el asiento, estaba la metralleta. Lista para disparar.

El único lugar libre para estacionar estaba situado a diez metros. Como el aparcamiento suponía una línea oblicua progresiva hacia la fachada del club, donde se encontraba la entrada, Dallan disponía de una perfecta línea de tiro.

Por lo demás, Dallan tenía su coche casi al margen de la corta calle que llevaba hasta la avenida. Las ruedas directrices de su «DS-21»

estaban orientadas hacia allí. Le bastaría poner el coche en marcha y arrancar. Cinco minutos después se habría mezclado con el denso tráfico que provenía, dirección Marsella, de España, a través del paso fronterizo de Le Perthus.

Su índice de seguridad era magnífico. En cuanto estuviera en la autopista, podía considerarse salvado.

Pero antes...

Había un único espacio para estacionar un automóvil.

Dallan lo había conseguido mediante treinta francos de propina al portero. Le había dicho que aguardaba a unos amigos que vendrían desde Aix, que traían un gran coche americano, que tenía que asegurarles aparcamiento, pues pensaban pasar la velada en el Ancient Privé 201, que...

—Coja esa maceta y póngala ante el aparcamiento —le había dicho el portero, guiñándole maliciosamente un ojo—. Será suficiente. Cuando lleguen sus amigos, aparte la maceta. Créame, señor, siento no poder ayudarle, pero debo estar en la puerta.

Mejor.

Mejor porque así Dallan evitaba un primerísimo testigo de vista.

Naturalmente se trataba de matar a Claude Choffin, para cumplir la primera orden del *padrone* Giovanni LaCorda.

Un hombre debe pagar cara su mayor ambición, es lo establecido. Y Dallan debía pagar con un asesinato a sangre fría: debía asesinar a Choffin, si quería tener acceso al *gang* de LaCorda.

Miró el reloj, sin demostrar nerviosismo.

Oh, no. Ahora no podía permitirse el lujo de tener nervios.

Barillard, el abogado de Danielle estaba de acuerdo; el divorcio sería un hecho en menos de quince días.

Danielle, con Jules Pierremont, Marcel solitario y libre. ¿Por qué no...?

Ahora, Dallan tenía cierta idea acerca de Pierremont, el individuo que había conquistado a su mujer aprovechándose de un año de cárcel.

Jules Pierremont, un profesor de Universidad, un cerebro gris de las matemáticas, un hombre que no se prodigaba demasiado, un sabio con pinta de

play-boy

, un hombre que llevaba una vida principesca, pero cuyos ingresos no podían justificarse fácilmente.

Unos faros destellaron sobre el parabrisas del coche de Dallan.

Giró la cabeza y vio la silueta del gran «Intercontinental» americano que penetraba en la zona de aparcamiento.

A partir de allí, Dallan se concentró absolutamente en su tarea.

Abrió la portezuela izquierda de su coche lentamente y empuñó la metralleta.

De reojo, mirando hacia el «Cadillac» aparcado en la Avenue des Paumes, pudo advertir perfectamente el brillo de la brasa de un cigarrillo.

LaCorda cumplía. Los hombres de LaCorda le vigilaban, espiaban hasta la menor de sus acciones.

Dejó la metralleta sobre el asiento. Antes de que el gran coche

americano hubiera llegado al estacionamiento, Dallan había retirado la maceta, dejando libre la pequeña parcela de aparcamiento.

Apenas acababa de retirarse, encorvado, protegido por los coches alineados, cuando el «Intercontinental» se detuvo en la calle y el conductor maniobró para enfilarse en el espacio en el que debía estacionar.

Para entonces, Dallan aguardaba junto a su coche, en la sombra, con la metralleta dispuesta.

Quitó el seguro y esperó.

Del gran automóvil americano descendió un caballero delgado, de cabellos canosos, vestido de *smoking*. Se distinguía perfectamente el rojo clavel que llevaba en el ojal de su chaqueta.

Dallan contuvo el aliento, alzó la metralleta, apuntó al pecho del caballero del *smoking* y apretó el gatillo.

Sonó áspera la sucesión de detonaciones.

Simultáneamente, brillaron cegadores las luces de los *flashes* que un hombre manejaba desde la acera de la Avenue des Paumes.

Dallan vio caer a Choffin y volvió a su coche. Arrojó la metralleta sobre las esterillas y saltó tras el volante.

El motor rugió y el

«DS-21»

saltó hacia adelante y ganó la Avenue des Paumes, obligando a frenar en seco a un autobús que circulaba por las inmediaciones del Ancient Privé 201.

El fotógrafo que acababa de disparar su *flash* recogiendo al escena, cruzó por entre los automóviles aparcados y llegó al lugar donde Claude Choffin yacía sobre el asfalto, empapado en roja sangre.

No perdió mucho tiempo. Disparó su cámara dos veces y volvió a la carretera, donde el «Cadillac» le aguardaba con el motor en marcha. El automóvil se alejó hacia Marsella segundos después.

La ambulancia estacionada junto a los muros del club se acercó al lugar y dos enfermeros recogieron el cuerpo de Choffin del suelo.

El suceso apenas había despertado curiosidad. Quizá porque el portero del club había frenado a los curiosos a la entrada.

Finalmente, la ambulancia se alejó por la Avenue des Paumes haciendo gemir su sirena.

CAPÍTULO IV

—¡Magnífico! —exclamó Giovanni LaCorda.

Acababa de arrojar el *France-Midi* sobre la mesa. Y miraba con aprobación a Marcel Dallan.

Cerca estaban Leo Franco, Lupo Pescara y Andrea Carrisi, los hombres fuertes del *gang*.

—Está hecho —agregó LaCorda, llevándose a los labios su copa de martini—. Incluso hemos reconocido el cadáver en el depósito del cementerio. Buena puntería, Marcel. ¡Le destrozaste el rostro!

Franco le miraba con envidia mal reprimida. Y también Pescara y Carrisi, los dos pandilleros que LaCorda empleaba como hombres de confianza cuando había que matar.

—Lo celebro —respondió Dallan, tomando una copa de la bandeja que le ofrecía Katy Summerfield, casi desnuda.

LaCorda encendió un cigarro y le ofreció. Dallan rehusó. Pero advirtió que el jefe no ofrecía sus bien cortados toscanos a Franco, Pescara y Carrisi.

¿Una deferencia...?

Hacía dos semanas que Choffin había sido enterrado en Notre Dame de Mer. Pero Giovanni LaCorda seguía hablando encomiásticamente de la muerte de Choffin. Y no regateaba elogios a Dallan.

Claro que durante aquellas dos semanas Dallan había seguido poniendo a prueba su lealtad.

Cierto que había tenido un par de encuentros con Leo Franco, demasiado celoso de la confianza del jefe. Pero Dallan había impuesto sus puntos de vista de forma muy clara: o Franco le aceptaba, o Franco se marchaba... con el estómago lleno de plomo.

A pesar de ello, Dallan sabía muy bien que no podía confiar en

la mansedumbre de Franco. El italiano era duro, traicionero y rencoroso. Un día u otro, trataría de hacerse valer ante LaCorda. Y ello, naturalmente, a costa de Dallan.

En las dos semanas que siguieron al entierro de Claude Choffin, LaCorda le había encargado una multitud de «pequeños» trabajos.

Había viajado al norte, hasta el nordeste y el sur. Había dejado mercancías en Saint Etienne-De-Tinée (Italia), Métabief (Suiza), Vogelgrün (Alemania), Longwy (Luxemburgo) y Maubeuge (Bélgica).

Los paquetes que Dallan había ido dejando en cada uno de aquellos puntos de destino oscilaban entre tres y diez kilos. Dallan no los había abierto, aunque, desde luego, estaba seguro de que contenían heroína o cocaína.

Una cosa había logrado constatar: el patrón LaCorda no se dedicaba a las pequeñeces del mundo de los estupefacientes: nada de marihuana, haschis o kif. Sólo heroína, cocaína, anfetaminas o LSD en cantidades aceptables.

El largo recorrido de más de dos mil kilómetros se había terminado sin novedad.

Dallan, cauto y prudente, buen conocedor de las técnicas policiales, había procurado que cada envío llegase a su destinatario.

Como quiera que pocos hombres habían logrado tal récord en la organización LaCorda.

Dallan podía envanecerse. Sobre todo después de haber sido entusiásticamente felicitado por el patrón, que incluso le había ofrecido la exclusiva de aquella retorcida rubia llamada Katy Summerfield.

—Gracias, patrón. Pero mi código por ahora es éste: nada de mujeres, poco alcohol y todo el trabajo que pueda realizar.

Dallan había observado al patrón. LaCorda comenzaba a mirarle con admiración disimulada.

En la villa que LaCorda poseía en el Mediterráneo la vida era placentera.

Había siete u ocho mujeres jóvenes y cualquiera de los hombres del patrón podía utilizarlas a su placer.

Una playa dorada, cuidada y limpia, rodeada por muros de hormigón que se adentraban en el mar, limitaba la gran finca de recreo hacia el Mediterráneo. También hacia la carretera había

muros de hormigón, calados, primorosamente trabajados. La puerta se abría mediante un sistema electrónico y había un circuito cerrado de televisión alrededor de los muros.

LaCorda, un hombre de cincuenta y ocho años, gustaba del placer a dosis razonables. Katy Summerfield era, precisamente, uno de sus placeres. Pues después de recorrer los mejores casinos y los más seleccionados prostíbulos de la Costa Azul, la norteamericana era, según las chicas, una verdadera profesora en el arte del erotismo.

Si la Summerfield era la preferida del patrón, Dallan debía apreciar en mucho el gesto de LaCorda al ofrecérsela. ¿O había trampa?

Si era así, Dallan había sabido evitarla. Por lo demás, la bellísima y superprovocativa Katy le era profundamente antipática.

Dieciséis días después de la muerte de Claude Choffin, Dallan había tenido que comparecer ante el juez.

Se trataba de su demanda de divorcio contra Dámele Dallan, nacida Parreaux.

La ceremonia fue muy simple: Dallan se reunió con el juez y el abogado Barillard y después entró Daniele.

Estaba pálida y sus labios se entreabrían ansiosamente. Grandes ojeras, que nada debían al maquillaje, oscurecían sus párpados.

El juez empezó a hablar. Dijo algo acerca del profundo, perenne e indisoluble lazo del matrimonio. Y les instó a revocar su demanda de divorcio.

Dallan miró a Daniele. Ella evitó sus ojos.

—El divorcio, señoría —dijo Dallan con voz firme.

—¿*Madame* Dallan? —insistió el juez, mirando a Daniele.

Ella miró desesperadamente a su esposo. Pero Dallan tenía la vista fija en la esfera de su reloj.

—Sí, señoría. Insisto en el divorcio —dijo ella, con voz desmayada.

Juntos salieron al pasillo, Barillard hablando al oído de Daniele.

Saliendo del palacio de justicia. Dallan vio que Daniele penetraba en un coche americano convertible.

El hombre que estaba al volante era un individuo delgado, cetrino, con los cabellos cortos y rizados. Un argelino, o marroquí, o...

Dallan no pensó siquiera en que el hombre que había escogido Daniele era de color.

No tenía ninguna clase de prejuicios en lo más hondo de su corazón.

Pierremont era Pierremont, fuese argelino o tunecino.

Sólo que... a Pierremont lo había visto Dallan en la finca de recreo del patrón.

La primera vez que lo vio, Dallan había imaginado que Pierremont era uno más de los chanchulleros abogados que utilizaba Giovanni LaCorda.

Pero ahora que volvía a verlo imaginaba que algo más importante debía tener Pierremont cuando había logrado enamorar a Daniele, su esposa.

Inmediatamente, Dallan se sintió interesado en averiguar algunos datos acerca de Jules Pierremont.

Hizo media docena de llamadas telefónicas desde el primer, teléfono que le salió al paso y consiguió algunos datos.

Naturalmente, Pierremont era marroquí, si bien había adoptado un nombre y un apellido franceses.

No era abogado, sino catedrático, licenciado en matemáticas y experto en químicas.

¿Era Pierremont el cerebro gris de Giovanni LaCorda?

En cualquier caso, Dallan había establecido una cosa con seguridad: LaCorda era naturalmente inteligente, pero el complicado esquema de su organización sobrepasaba sus posibilidades intelectivas. Por tanto, se imponía la idea de que el patrón utilizaba el cerebro de otra persona para organizar y dirigir su tráfico de narcóticos.

¿Era casualidad aquella relación Daniele-Pierremont-LaCorda-Dallan?

Dallan se inclinaba a creerlo así.

De modo que Pierremont era el respetable caballero, acomodado, cariñoso y simpático que le había robado el amor de Daniele...

Pensando en ello, Dallan lanzó una carcajada que no tenía nada de alegre.

Tras sus llamadas telefónicas, Dallan condujo su automóvil hacia Le gai répos^[1], la lujosa finca de recreo del patrón.

Cuando su coche rodó por la estrecha avenida haciendo crujir la gravilla, era el anochecer.

Gaston, uno de los servidores, salió a recibirle.

—Yo llevaré su coche al garaje, señor Dallan. El señor LaCorda le espera en el bar —dijo el muchacho.

En efecto, LaCorda había convertido en un atractivo bar toda un ala de la construcción principal, perpendicular a la costa.

Cuando Dallan penetró en el bar, LaCorda estaba apoyado en la barra, hablando con Lupo Pescara y otros dos hombres de inconfundible aspecto. Es decir, matones a tanto la hora.

En cuanto Dallan saludó, LaCorda miró a Lupo y dijo:

—Pasa al otro lado del mostrador y sirve al señor Dallan, Lupo. ¿Qué prefiere, Marcel?

—Agua tónica con un poco de ginebra.

—Bien —exclamó el patrón cuando Dallan tuvo una alta copa ante sí—. ¿Sabe conducir una camioneta?

—Sí. Mi carnet me autoriza a conducir camiones de gran tonelaje e incluso autocares —respondió Dallan, sin darle importancia.

Los dos desconocidos gorilas no fueron capaces de disimular un gesto admirativo.

Advirtiéndolo, LaCorda se volvió a ellos y los señaló con la mano izquierda extendida.

—Son Guy y Pascal. Irán con usted para ayudarle en la carga.

—¿De qué se trata? —preguntó Dallan.

—Oh, nada importante por esta vez, Marcel. Quiero dar una fiesta. Mi prestigio me obliga a recibir a un centenar de invitados en esta casa, de cuando en cuando. Habrá que traer algunas cajas de mariscos. Ya sabe: gambas, cigalas, langostas y toda esa porquería. No tengo aquí a ningún hombre que pueda conducir la camioneta. No le importa, ¿verdad, Marcel? Sé que no es un trabajo para usted, pero...

—Lo haré con gusto, patrón —se apresuró a decir Dallan.

Quince minutos después, Dallan conducía hacia la Lonja de los Pescadores. Lupo Pescara se sentaba a su derecha y detrás viajaban Guy y Pascal.

La Lonja de los Pescadores, cercana al muelle de embarcaciones pesqueras, está situada apenas a unos dos kilómetros por la

carretera de la costa.

A las ocho de la tarde, la camioneta que conducía Dallan penetró en uno de los tinglados de la costa.

Cerca había unos diez o doce hombres.

Rostros duros, esquivos, vigilantes... No eran pescadores.

Incluso Dallan pudo advertir el cañón de una metralleta emergiendo bajo el chubasquero de uno de aquellos hombres.

¿Vigilancia para proteger la carga de unas cajas de marisco?

Dallan echó pie a tierra y Lupo Pescara habló algo al oído de uno de los hombres.

De un frigorífico próximo fueron sacadas hasta dos docenas de grandes cajas de mariscos que no pesarían menos de cincuenta kilos cada una.

Desde luego las gambas, langostas, cigalas, cangrejos y percebes estaban en las cajas.

Pero ¿eran necesarios mil doscientos kilos de mariscos para una fiesta en Le gai répos?

«Demasiados mariscos», pensó Dallan.

Encendió un cigarrillo y simuló comprobar, distraído, la presión de los neumáticos de la camioneta, mientras aquellos hombres cargaban las cajas de mariscos.

—Dallan —dijo Pescara, al cabo.

Subió, puso el motor en marcha y salió marcha atrás, al muelle.

Ya abandonaban las instalaciones de la Lonja y Dallan vigiló por el retrovisor para ver si algún vehículo les seguía.

—Sigue el mismo camino —recomendó Pescara.

No les seguían. Dentro de las cajas..., ¿no podrían estar aquellos doscientos kilos de heroína refinada a que se había referido Jean Martois dos semanas atrás?

Dallan había estado atento. Pero no había observado nada anormal. LaCorda no había recibido tal mercancía.

Había visto muchas cosas raras. Como las bolsas que los hombres del patrón mantenían sumergidas a cien metros de la playa. Pero podría jurar que LaCorda no se había hecho cargo, directamente, de aquel alijo de heroína. La oportunidad establecía una tan intensa tentación que Marcel Dallan no fue capaz de sustraerse a ella.

¿Cuánto valían doscientos kilos de heroína refinada?

Dallan tenía una idea muy aproximada: lo suficiente para permitirle una vida llena de lujos y placeres por el resto de sus días en cualquier lugar del mundo.

Ante el cruce de la Traverse Panouche, la camioneta se detuvo con un chirrido escalofriante.

—¿Qué diablos significa esto, Dallan? Las órdenes... —estaba diciendo Pescara, mordiéndose furiosamente el mostacho.

—Nada importante —sonrió Dallan. Y alzó la mano izquierda, en la que oprimía una pesada llave inglesa, y le golpeó brutalmente en la frente.

Pescara cayó redondo sobre el piso de la cabina.

Dallan le registró inmediatamente, le sacó la pistola y tornó a dejarle en el asiento, con la cabeza sobre el cristal de la ventanilla y apoyada la espalda en el respaldo.

Apenas acababa de hacerlo, cuando oyó el impaciente golpeteo sobre la ventanilla trasera, cubierta con una cortina de plástico.

Descorrió la cortina y vio a Guy y Pascal. Los dos empuñaban metralletas y parecían muy inquietos.

A través del cristal llegó la voz bronca de Guy:

—¿Qué m... está ocurriendo? ¿Por qué nos hemos detenido?

Casi por señas, Dallan le explicó que la detención se debía al tránsito intenso de vehículos. Al mismo tiempo, fingía poner a Pescara por testigo.

Habló a gritos y dijo:

—Vamos a dar un rodeo o no llegaremos nunca.

Viendo que Pascal y el otro asentían, Dallan metió la primera velocidad y arrancó, desviándose por la Alleé du Midi.

De sobras conocía Dallan los solitarios patios de vecindad de aquella calle.

Por eso fue reduciendo lentamente la velocidad y penetró suavemente en uno de ellos. El patio estaba desierto. Arriba colgaban las ropas en los alambres.

No podía bajar y dominar a aquellos dos gorilas. A buen seguro que estarían esperando cualquier eventualidad, con las metralletas encaradas hacia la lona que cubría la parte trasera.

No lo pensó mucho. Si quería tener éxito, debía trabajar contra el tiempo.

De un golpe rompió el cristal de la ventanilla trasera. E

inmediatamente empujó la cabeza de Lupo Pescara hacia aquella abertura.

Dentro sonó una ráfaga alocada de metralleta.

Pero para entonces Dallan había descendido de la cabina y se aproximaba a la trasera.

Subió de un salto y gritó:

—¡Estúpido! ¡Acabas de disparar contra Pescara! ¿Sabrás responder de esto?

En el momento en que Pascal se volvía, Dallan empujó salvajemente contra él a Guy.

Chocaron los dos y una metralleta volvió a dispararse accidentalmente.

Antes de que los dos hombres, enzarzados, pudieran reaccionar, Dallan saltó sobre ellos.

Tenía la llave inglesa en la mano derecha y la pistola de Pescara en la izquierda.

Golpeó y golpeó hasta que los dos matones cayeron sobre las cajas de mariscos. El mismo Dallan quedó impregnado del olor del pescado.

Volcó una de las cajas. Junto con las apetitosas gambas semicongeladas cayeron sobre el piso hasta media docena de bolsas de plástico cuidadosamente embaladas.

—No me equivoqué —gruñó, ebrio de alegría.

Pero quería comprobarlo por sí mismo. Y rompió con la uña del pulgar una de las bolsas, tomó una pizca de aquellos polvos blancos y se los llevó a los labios, volviendo a escupir seguidamente.

—Heroína refinada —murmuró.

En poco más de quince minutos había volcado las cajas y apartado las bolsas que contenían heroína.

Bajó el tablero posterior y arrojó a Guy y a Pascal. Tras lo cual volvió a la cabina e hizo lo mismo con Lupo Pescara.

Dio la vuelta a la camioneta en el patio y salió a la calle.

Desde la Allée du Midi marchó, trazando vericuetos aquí y allá, hacia la rué Lombard.

Al pasar ante la pescadería de Gaston Tunneau frenó en seco y quedó pensativo.

Algún tiempo después entregaba al delgado Gaston seis cajas de mariscos que un forzado muchacho llevó hasta la cámara frigorífica

situada detrás de la pescadería.

Se sentía mortalmente cansado cuando dejó el resto de los mariscos en cuatro o cinco centros de beneficencia.

El día había sido muy apretado y necesitaba descansar. Incluso así, Dallan condujo la camioneta por la carretera de la costa, la abandonó y rodó hasta el acantilado.

Había una caída vertical de ochenta metros y las aguas eran profundas en aquel lugar.

Puso la palanca del cambio de marcha en punto muerto y empujó con todas sus fuerzas hasta conseguir que el vehículo se deslizase lentamente cuesta abajo hacia el acantilado.

No esperó.

Volvió a la carretera. Había oscurecido y pasaban numerosos coches. Pero ninguno de ellos se detuvo ante sus imperiosas señales.

Al fin paró un taxi. Dallan subió a él y se acomodó en el asiento trasero.

—Hermosa noche —exclamó el taxista—. El aroma del Mediterráneo penetra por la ventanilla. ¿No huele usted a mariscos como si los tuviera al alcance de la mano, señor? Dallan no contestó.

Pero rió sin poder contenerse durante un minuto largo.

¿Para qué explicar al conductor que el aroma marítimo... era él mismo, impregnado de olor a langosta, a gambas y a cangrejos...?

Dejó el taxi en Montcenneau y aguardó diez minutos en la plazoleta. Al cabo, detuvo otro taxi y le dio al conductor la dirección de los alrededores de la calle Lombard.

Por supuesto que al día siguiente, LaCorda le iba a buscar con ganas.

Pero entretanto, el único sitio seguro para descansar por unas horas era su apartamento de la rué Lombard.

Dormiría unas horas, se bañaría y vestiría de forma decente. Y después... al amanecer, abandonaría el apartamento.

¿Qué diría el comisario Jean Martois si supiera lo que acababa de hacer?

Llegó a casa, se bañó y se metió desnudo en la cama.

Serían las tres de la madrugada cuando un rudo bofetón le despertó.

La linterna no le permitía ver los rostros de las personas que

rodeaban su cama, pero Dallan pudo percibir tres siluetas. Había además una cabellera dorada a los pies del lecho.

—Sacadlo —dijo alguien. Y Dallan reconoció la voz de Katy Summerfield, la bellísima rubia, favorita de LaCorda.

CAPÍTULO V

—Vamos, vamos, poli. Ponte en razón. Nosotros no tenemos prisa. ¿Te das cuenta del aspecto que tendrá tu rostro cuando terminemos contigo? Reflexiona: sólo tienes que decir dónde está la heroína.

Dallan se sentía muy mal, Dallan estaba a punto de morir. O eso creía él, al menos.

Le habían golpeado a puñetazos, a patadas, incluso la Summerfield le había arañado el rostro hasta convertirlo en una máscara de sangre.

A la furia, al encono de los primeros momentos, había sucedido el sistemático y frío arte de destrozar a un hombre.

El que acababa de hablar era Leo Franco. Estaban además Andrea Carrisi, de unos treinta años, con físico de atleta de circo y aquel joven rubio, delgado y flexible, al que llamaban simplemente Helmut.

¿Un alemán? Posiblemente, puesto que apenas hablaba unas frases en francés, un acento fuerte, arrastrado.

Pero ¿qué más daba?

Helmut le golpeaba fría y metódicamente. Sin rencor, sin odio, sin rabia. Le golpeaba por oficio, por obligación, poniendo en el suplicio el menor esfuerzo y la mayor eficacia.

Bueno, también estaba Katy. La puerca Katy, ansiosa de tomarse la revancha, puesto que Dallan la había despreciado nada menos que ante el patrón, que se la había ofrecido generosamente.

Katy no quería mancharse de sangre. No quería despeinarse tampoco.

Sólo hacía una cosa: fumaba constantemente. Y apagaba sus cigarrillos sobre el rostro, el cuello o el pecho de Marcel Dallan.

La mujer estaba sentada en un viejo canasto de mimbre. El lugar

parecía un sótano y probablemente lo era. Un viejo sótano abandonado, de una casa en ruinas, tal vez.

Los tres hombres estaban a su alrededor. Sus modernos, entallados y caros trajes estaban manchados de la sangre de Dallan.

Y se sentían rabiosos porque tenían ganas de dormir, tras acabar con su misión: recuperar la heroína y enterrar a Dallan.

Y Dallan tenía una pistola. La tenía bajo el pantalón del pijama, que se había vestido ante aquellos pistoleros. La pistola, con una franja elástica que pasaba por el guardamonte estaba debajo del colchón. Había bastado simular un desfallecimiento para agarrarla y colocársela en la pantorrilla.

Tenía una pistola. La de Lupo Pescara. Pescara había sido llevado al hospital, según se había encargado de informarle Leo Franco. Conmoción cerebral, probable fractura del hueso frontal; quizá hubiera muerto ya.

Pero Dallan no podía usar la pistola que la franja elástica sujetaba contra su pantorrilla. Sencillamente no tenía fuerzas para incorporarse, para sacar la pistola y comenzar a disparar contra aquellos indeseables.

—Dime dónde está la heroína —exigió Leo, implacable.

Dallan no perdió el tiempo en contestar.

Aparte de que Helmut le había fracturado el tabique nasal con una tabla, aparte de que apenas podía respirar, Dallan sabía que su pasaporte para seguir viviendo era callar.

Callar pese a todo.

La pierna derecha de Leo se disparó y le golpeó en el cráneo.

El golpe fue tan brutal que Dallan perdió momentáneamente el sentido. Pero no fue por mucho tiempo: apenas unos segundos después Andrea Carrisi le alzaba por la cintura y le sostenía mientras el rubio Helmut le martirizaba golpeándole a puntapiés en el vientre.

Había vomitado en tres ocasiones y no podía vomitar más. Pero vomitó: sangre.

Seguramente el bestia del alemán le había producido alguna lesión interna.

En el suelo, jadeando, con la nariz tapada por los coágulos de sangre, sintiendo todo su cuerpo como un puro e intenso dolor, Dallan recogió la pierna donde llevaba la pistola de Lupo Pescara.

Su mayor interés estribaba en ocultar aquella pistola, en conseguir salvarla a la vista de aquellos canallas.

¡Dios santo! ¿Pero es que aquellos granujas no estaban aún extenuados tras las sistemáticas palizas por relevos...?

Tenía los ojos tan hinchados que apenas podía mantener los párpados abiertos en una estrecha rendija.

Pero podía ver a Helmut, de pie, inmóvil, contemplándole con aquellos ojos azulados, fríos, ojos de pez.

Sentía un odio volcánico en lo más profundo de su corazón. Pero lo que más le hacía sufrir era la impotencia.

De repente, Katy miró su relojito de brillantes y dijo:

—Son las cinco y media. Dentro de nada empezará a amanecer. ¿Es que no vais a hacer algo?

Helmut se inclinó sobre Dallan y atenazó su cuello con un pañuelo.

Empezó a apretar, formando una especie de rudimentario torniquete con su bolígrafo de oro.

Dallan enrojeció y trató de toser desesperadamente. Pero Helmut dio otra vuelta a su torniquete.

Súbitamente llegó el alarido. Una sirena policial, una sirena que elevó su hiriente sonido por encima del techo, de los ventanucos del sótano.

Helmut aflojó su torniquete. Dallan respiró una bocanada de aire, a punto de perder el conocimiento.

—¿Qué es eso? —preguntó Katy, alzándose del canasto que le servía de asiento, de un nervioso respingo.

Leo y Andrea se consultaron con la mirada.

—No es posible —gruñó Leo—. No puede ser la policía.

Todos callaron. El silencio se hizo ancho, espeso, apenas interrumpido por el alarido de la sirena.

Finalmente, la sirena calló, muy cercana. Se oyó el chirrido quejumbroso de unos frenos, seguido de bruscos portazos y de pisadas presurosas de pies calzados con botas rechinantes.

Leo se llevó la mano bajo la chaqueta manchada de sangre y sacó su «Beretta».

—¡Andrea!

—¿Sí?

—Ven conmigo. Vamos a ver qué ocurre. Si las cosas van mal...

¡Katy! Tú y Helmut huiréis por la salida de la callejuela e informaréis al jefe de lo ocurrido. ¡Vamos, Andrea!

Katy se alzó del canasto de mimbre y corrió hacia ellos.

—Pero... ¡yo! ¿Qué voy a hacer si...? —gimió, trémula de miedo, atenazando a Leo por los brazos.

—¡Estúpida ramera...! —farfulló Leo, rabioso. Y la despidió de un manotazo.

Andrea y Leo corrieron escalera arriba hacia el callejón. Katy se llevó las manos a la cadera y se acarició la piel con mimo.

Helmut se humedeció los labios.

Estaba viendo a la hembra, tendida sobre el suelo, remangada la falda, al aire su dorado muslo...

Fue hasta ella, le tendió el brazo, la elevó, la apretó contra sí, sintiendo ardiente la llama del deseo. Ahora que Leo y Carrisi se habían marchado.

—¡Katy! Eres muy bella y... atractiva. Yo pienso... que tú y... yo...

La mujer se libró de sus manos de un envite.

Abierta de piernas, con el terror reflejado en sus aterciopeladas facciones, chilló:

—¡Idiota! ¡El... él no está... ahí!

Helmut se volvió con la rapidez de una serpiente. Su mano derecha fue, rápida, hacia la pistola que guardaba bajo la axila. La sacó y apuntó, rabioso, dispuesto a disparar.

Pero sólo encontró el sitio.

Marcel Dallan no estaba postrado junto al muro de ladrillos, donde le dejara, apenas cinco minutos antes.

Los párpados protegidos por pestañas rubias, casi albinas, pestañearon nerviosos.

—No está —expresó en un murmullo casi inaudible.

—¡Claro que no está! —chilló Katy con rabia. E inmediatamente se abalanzó hacia el canasto de mimbre, donde había dejado su bolso.

Helmut la miró, estupefacto. Quizá pensaba que la mujer rubia acababa de volverse loca.

La única bombilla, que arrojaba una luz amarillenta y débil sobre el suelo y los muros, brillaba en lo alto, casi en el techo.

Katy abrió el bolso como loca y sacó la pistola. Y en cuanto la

tuvo entre los dedos se sintió más segura.

—¡Estú... pido alemán! ¿Qué haces... ahí parado? ¡Dallan es peligroso... mil veces peligroso, idio... ta! —exclamó, castañeteándole los dientes—. Des... pues de lo... que le hemos hecho, se convertirá en una... fiera... Debemos... ¡sí!, estar prevenidos. Ve tú por ahí... ¡por la izquierda! Yo... Yo iré por la derecha. ¡Y dispara a matar, Helmut!

Había media docena de pilares, soportados por otras tantas arcadas.

Katy se abrió a su derecha. Avanzaba encogida, sintiendo el hálito de la muerte en cada paso. El miedo se había apoderado de ella de una forma absoluta, brutal.

Y Helmut se retrasó. Frío, cerebral, lento, un alemán del Norte, acostumbrado al clima helado de los mares septentrionales.

Entre los dos se estableció una línea oblicua. Y Dallan la aprovechó. La arcada ocultó su alta silueta.

Sólo tuvo que alzar sus brazos, plegados, para alcanzar la bombilla. ¡La única bombilla que iluminaba el sótano!

La bombilla estaba caliente y quemó las yemas de sus dedos. Pero Dallan, que había sentido sus dedos martirizados, destrozados, golpeados por la tabla que Helmut sabía manejar tan bien, aguantó el gemido que subía a sus labios.

Luego, de repente, protegido por el pilar de fábrica, arrojó la bombilla hacia el fondo del sótano.

Inmediatamente brillaron tres rápidos fogonazos.

Dallan se apretó contra la columna. Un gemido horripilante se dejó oír hacia el fondo del sótano.

¿Katy? Seguramente, Helmut había disparado y la había alcanzado con sus disparos.

Un gemido desgarrador, prolongado, resonó en el sótano.

¡Era Katy! Aquella gata con aspecto de mujer. Le habían tocado de firme y estaba muriendo, a juzgar por sus gemidos agónicos.

Unos pies se movieron veloces sobre el piso. Empezaba a amanecer.

Dallan no se movió. Sabía que en la inmovilidad estaba su seguridad.

Helmut corría, ¿era él?, hacia el fondo.

Dallan aspiró hondo. Por la boca. Su nariz estaba taponada por

coágulos resecos de sangre.

Se inclinó y un ramalazo de dolor le recorrió, inmovilizándole, antes de que sus manos hubieran conseguido alcanzar la pantorrilla donde tenía la pistola de Lupo Pescara.

Una claridad gris penetró por los ventanucos del sótano. Dallan arriesgó un centímetro su rostro y vio a Helmut, inclinado sobre el cuerpo yacente de Katy Summerfield.

¿Soñaba Dallan? ¡Helmut acariciaba el rostro de Katy y le prodigaba en alemán extrañas y sobrecogedoras frases de amor!

Dallan torció la cintura. Su mano derecha entró en contacto con la pistola. ¡Pero la maldita franja elástica!

Afortunadamente no tenía zapatos. Pero incluso así tuvo que tenderse materialmente en el suelo, al amparo de la columna, para conseguir sacar la pistola de la pantorrilla.

Oleadas de dolor —frías ya sus contusiones y hematomas— recorrían su cuerpo, desde la cabeza a los pies.

Casi agachado, quitó el seguro a la pistola. Avanzó un poco y vio al alemán.

Helmut se había incorporado y recorría el sótano con ojos de lobo.

¿Amaba realmente a Katy? Su desesperación, su rictus salvaje, parecía afirmarlo.

Dallan fue incorporándose lentamente. Los dedos de sus pies —golpeados salvajemente por la tabla de Helmut— le escocieron terriblemente al ponerse en pie, pues algunas de sus uñas habían sido arrancadas de cuajo por la tabla.

Detrás del pilar, Dallan escuchó los pasos de Helmut. El alemán tenía la pistola en la mano y en su rostro se reflejaba el impulso angustioso, la necesidad de disparar sobre un cuerpo vivo.

Poco a poco, Dallan fue girando alrededor de la columna. Miró hacia Katy y vio, a la luz del nuevo día, sus ojos, horrorosamente desorbitados.

De repente, Dallan se dejó caer sobre Helmut. Fue así: no saltó sobre él, sino que materialmente se dejó caer. Y su pistola —la pistola que había arrebatado a Lupo Pescara— cayó por su propio peso sobre el cráneo del alemán.

En el suelo, Dallan le golpeó tres o cuatro veces más. Hasta que el cuerpo del alemán quedó inmóvil.

En aquel momento se oyó el rumor de unos pasos precipitados en la escalera.

—*¡Parca madonna!* Pensar que nos hemos asustado por esto...

Era Carrisi.

Su voz era alegre, desenfadada. Como la del que ha estado sometido al terror y de pronto comprende que su temor lo ha causado un ratón.

—¡Helmut, Katy! —voceó Leo, quizá tratando de darse ánimo—. ¡No es nada! ¡Una ambulancia ha llegado para llevarse a un tipo aquejado de apendicitis! ¿Qué os parece la...?

La frase se cortó brutalmente.

Leo estaba viendo el cuerpo de Katy —la preciosa, rubia, provocativa, sensual, erótica Katy— tendido en el suelo, inmóvil.

También podían ver los dos hombres el busto de Helmut. Y su mano que todavía afianzaba la pistola.

La luz del amanecer penetraba a través de los ventanucos. Fría, vaga, difusa, tenue, impalpable.

Y Dallan se había escurrido hacia la columna que soportaba la primera arcada del sótano.

En cuanto los dos hombres se precipitaron al sótano, Dallan surgió de la columna, apoyándose en ella.

Y su pistola cubría a los dos hombres.

Su voz sonaba átona, ni autoritaria, ni dulce.

—Quedaos ahí. Sería una bonita forma de salvar la vida. ¡Tú, Carrisi, ten quietas las manos! Así. Quietos, inmóviles. No sigas pensando en ello, Leo: te volaría la cabeza antes de que consiguieras alcanzar tu arma. Vais a ser buenos chicos, vais a ser obedientes, ¿eh?

Su espalda se apoyó en la columna y sus labios se entreabrieron para recuperar el aliento.

—¡Andrea! Vas a seguir mis instrucciones. Lleva tu mano al bolsillo y saca tu pistola. Extrae lentamente el cargador y déjalo caer al suelo... ¡muy bien! Ahora... ¡golpea a Franco hasta que caiga al suelo!

Carrisi vaciló.

Luego, de improviso, se volvió como una furia y arrojó la pistola contra el rostro de Dallan.

La pistola que empuñaba Marcel se incendió en fogonazos, al

tiempo que sentía el hombro paralizado por el golpe del arma de Carrisi.

Franco y Carrisi doblaron sus rodillas y cayeron pesadamente al suelo.

Despacio, con gran esfuerzo, Dallan se aproximó a ellos.

Estaba seguro de que aquellos dos hombres estaban vivos. Porque no había tirado a matar.

Andrea tenía un balazo en el pecho. No moriría de aquel balazo.

Pero Leo Franco había sido herido por dos veces en el vientre. Quizá no llegasen a tiempo de salvarle, mala suerte.

La luz que penetraba por los ventanucos a ras de la calle había aumentado.

Dallan se puso en marcha hacia la escalera, después de desnudar a Helmut, vestirse su traje y calzarse sus zapatos.

Tardó cinco minutos en subir la escalera, atravesar el callejón lleno de yerbajos y salir a la calle.

Cerca estaba la vieja iglesia de Saint Jean Baptiste. Las campanas volteaban en lo alto del campanario ya.

¿Qué mejor lugar para refugiarse, para tomar aliento, para poner en orden sus pensamientos...?

En el bolsillo de la chaqueta de Helmut había unas gafas oscuras de cuadrada montura.

Se las caló y penetró en la iglesia.

Algunas ancianas cuchicheaban sus oraciones en sus reclinatorios.

Dallan buscó un banco solitario, al fondo, en el rincón más oscuro, y se dejó caer, extenuado.

Cerró los ojos. Hasta sus oídos llegaba la voz del sacerdote:

«Me acercaré al altar de Dios...».

Dallan quedó dormido en escasos segundos.

CAPÍTULO VI

A las nueve, Gaston penetró en la alcoba de Giovanni LaCorda. Como solía hacer cada mañana, Gaston encendió el televisor y graduó el volumen de forma que su patrón se fuese despertando dulce y suavemente.

Pero LaCorda despertó bruscamente y comenzó a dirigirle improperios.

—¡Estúpido, cretino, puerco...! ¿Cómo... cómo se te ha ocurrido despertarme después... después de pasar la noche en vela?

Que había pasado la noche en vela, se reflejaba en sus párpados abultados y en sus ojos enrojecidos.

No había podido vencer al insomnio. Claro que también era la primera vez que alguien jugaba con él como lo había hecho el cochino Dallan.

¡Robarle nada menos que doscientos kilos de heroína refinada...!

El alijo valía muchos millones de francos. Pero aquello no era lo más importante: las brigadas antinarcóticos del Midi estaban al tanto... ¿Qué ocurriría si conseguían pruebas contra él?

Pensando en todo ello, comenzó a despoticar de nuevo contra Gaston.

—¿Y Leo y los otros? —recordó de pronto—. ¿Han vuelto con Dallan?

—Lo siento, *monsieur*: yo también he pasado la noche en vela esperando que Leo llamase. Pero nadie ha llamado. Por otra parte, me he visto obligado a despertarle, *monsieur*: tiene visita.

—¿Visita? ¡Envía a quien sea al diablo!

—Me temo que no será fácil enviar al diablo a los policías, *monsieur*: se trata del comisario Martois y dos de sus hombres —respondió Gaston.

LaCorda se puso en pie de un salto.

—¡Martois! ¿Qué quiere? —exclamó.

—Lo ignoro, *monsieur*. Sólo he recibido la orden de despertarle.

Las manos del gángster temblaron.

¿Iba a derrumbarse el firmamento sobre el poderoso LaCorda?

Se vistió sin prisas, ansioso por recuperar la serenidad que era habitual en él.

Cuando entró en el salón, Martois empezaba a impacientarse. Sus labios delgados se apretaban, rígidos, y sus dedos oprimían con fuerza el sombrero flexible.

—Ah, Martois —dijo LaCorda, melifluo—. Espero que tenga una razón poderosa para hacerme levantar de mi cama...

—Juzgue por sí mismo: unos niños han encontrado, apenas hace una hora, a tres de sus hombres y a una mujer llamada Katy Summerfield. La mujer estaba muerta: dos balazos en el estómago...

LaCorda palideció. ¡Katy muerta a tiros...! ¿Cómo era posible?

Con un gran esfuerzo de voluntad consiguió que su voz sonase serena, casi monótona:

—Ha hablado de tres de mis hombres, Martois. Supongo que se refiere a mis empleados. ¿De quiénes se trata y qué les ha ocurrido?

—¿Es necesario que se lo diga yo? —preguntó Martois con retintín—. Está bien: se trata de Leo Franco, Andrea Carrisi y Un alemán identificado como Helmut Halfter. Los dos primeros estaban casi desangrados por heridas de bala, aunque es posible que lo cuenten.

En cuanto a Halfter, intentaba desnudar a Carrisi para vestir su traje, pues estaba en paños menores cuando llegaron los gendarmes. Halfter tenía manchados de sangre los cabellos, pero ha sido dado de alta por los médicos del hospital. Naturalmente, se encuentra detenido.

—Lo siento... por *miss* Summerfield —sonó ronca la voz de Giovanni LaCorda—. ¿Es todo lo que tiene que decirme?

—Naturalmente, queríamos saber algo más. ¿Tiene alguna idea de por qué sus hombres se encontraban con *miss* Summerfield en el sótano del viejo edificio en ruinas del callejón Bontemps?

LaCorda se encogió de hombros.

—Lo ignoro, comisario. Mis empleados tienen su vida privada, ¿entiende?, y yo no entro ni salgo en ella. Naturalmente, *miss*

Summerfield era una mujer muy atractiva, el Todopoderoso la tenga consigo. Tal vez ella salió de fiesta con Leo Franco, mi secretario. Helmut Halfter, mi piloto, miraba con insistencia a *miss* Summerfield, días pasados, según pude advertir. Tal vez, Helmut se encontró con ellos en... ese sótano de que habla, Martois. Puede ser que discutieran y...

Martois plegó los labios en un gesto escéptico.

—Suponía que iba a decirme algo parecido, *monsieur* LaCorda. Pero sus... empleados van a ser duramente interrogados y probablemente llegaremos a conocer toda la verdad —dijo, sin dejar de observar las reacciones de LaCorda.

El gángster enrojeció intensamente y su gruesa papada tembló de indignación.

—¿Trata de insinuar que estoy mintiendo? —bramó—. Comisario Martois, no tengo nada contra usted, pero reflexione: poseo poder suficiente para conseguir que le releven de su cargo. Ahora les ruego que salgan de esta casa, si no tienen nada más que preguntarme.

—Lo siento —murmuró Martois, sin molestarse—. *Bon jour, monsieur*.

LaCorda no se dignó contestar. Los policías, acompañados por Gaston, desfilaron hacia la puerta.

De repente, Martois se volvió hacia el gángster y disparó:

—Unos segundos nada más, *monsieur*: Helmut Halfter ha mencionado a un tal Dallan.

¿Conoce a Dallan?

—Jamás oí hablar de él —respondió LaCorda, rígido. Y se volvió hacia su alcoba.

Cuando Gaston volvió a la alcoba, LaCorda estaba de un humor que se lo llevaban los diablos.

Paseaba, muy agitado, de un extremo a otro de la dilatada alcoba, cuando se volvió hacia Gaston.

—¡Muévete, estúpido! —gritó—. Marca el número de Pierremont: necesito comunicarme con él ahora mismo.

Cuando estuvo establecida la comunicación, LaCorda tomó el aparato de un manotazo y empezó a chillar.

—¿Que estás en la cama? ¡Levántate ahora mismo! Partida de haraganes... —gruñó encolerizado—. ¿Cómo...? Escucha, acabo de

recibir la visita del comisario Martois. Han encontrado...

Habló y habló sin detenerse, hasta que sus pulmones empezaron a dar muestras de cansancio.

—Tienes que enviar al abogado LaCroix ahora mismo. Tiene que comunicarse con Franco, Carrisi y Helmut Halfter. Y ya sabes la versión: los tres discutieron entre sí por Katy y sacaron las pistolas. Dos balazos perdidos mataron accidentalmente a Katy: eso es lo que deben decir. Dile a LaCroix que procure sacarlos de la cárcel en cuanto sean dados de alta en el hospital. ¿Qué...? Está bien: muévete. Tienes que encontrar a El Corso. Necesito su ayuda y la de sus hombres. Afortunadamente, El Corso sabe lo que se hace. No lo olvides, Jules: es necesario encontrar cuanto antes a Dallan o es posible que nuestra cabeza peligre de muerte. ¡Date prisa...!

Colgó, sofocado.

Pero ahora se sentía más tranquilo. Sabía que podía confiar en Pierremont, un verdadero genio de la organización al servicio del crimen.

Él se entendería con los abogados, él encontraría a Marcantonio Zampa, llamado El Corso, un especialista en resolver asuntos delicados.

Un momento después, el servicial Gaston le trajo el desayuno en una mesita rodante.

Café, tostadas, mermelada y jugo de pomelos.

—¡Vamos, pon el televisor en marcha! ¿No es ya la hora de los dibujos animados? —preguntó.

—Así es, *monsieur*.

—Pues date prisa. Sabes que no me gusta perdermelos —gruñó. Y añadió después de probar un sorbo de café—: En verdad, es lo único que me interesa de los programas de la televisión.

En la pantalla apareció el rostro mofletudo y orejudo de Bugs Bunny. LaCorda apoyó la espalda en el respaldo del sillón y una sonrisa se insinuó en su rostro de duras facciones.

* * *

—¡Señor, señor!

La mano le zarandeaba suavemente. Dallan abrió los ojos.

Un dolor insufrible siguió a aquel elemental movimiento.

El muchacho —el monaguillo, a juzgar por su sotana— le miraba fijamente, con el terror en los ojos.

—Señor, tiene que salir. Han terminado las misas y vamos a cerrar las puertas del templo. ¿Quiere... quiere que le ayude? ¿Se siente mal? Tiene... sangre en la cara, señor —murmuró el chiquillo.

—Lo sé, lo sé, hijo. Pero no es nada. Me caí, ¿comprendes? Y sí, puedes ayudarme. ¿Podrías llevarme a algún sitio donde pueda lavarme la cara? —preguntó afablemente Dallan.

—Bueno... Tendremos que hablar con el padre Deville. No tema, es un sacerdote muy bueno y comprensivo. ¡Venga, venga...!

Dallan estuvo a punto de caer al ponerse en pie y seguir al monaguillo.

Con una sencillez encantadora, el muchacho le sujetó con fuerza y le llevó a la sacristía.

Allí se encontraba el padre Deville, que no pareció sorprenderse demasiado al escuchar las explicaciones del monaguillo.

—Sí, sí, acompáñeme. Pero, señor, creo... creo que debiera ponerse en manos de un médico —exclamó el sacerdote.

—Oh, no. Gracias, esto no es nada. ¿Me permite?

Diez minutos después Dallan abandonaba la iglesia de Saint Jean Baptiste. Después de lavar su rostro, el padre Deville le había aplicado algunos tafetanes y toques de mercromina en las zonas más afectadas.

Las grandes gafas oscuras, por otra parte, ocultaban sus ojos negruzcos y tumefactos.

Cerca de allí encontró una cabina telefónica e hizo una llamada.

—¿Rimbaud? Soy Marcel Dallan. Necesito un coche. No, no. No quiero el mío, sino un coche pequeño. ¿Un «Renault-5»? ¡Bien, amigo mío! Lo devolveré dentro de un par de días. Naturalmente, los gastos... Sí, en la Place Flambeau, cerca de Saint Jean Baptiste. Esperaré.

Aguardó sentado en un banco, cerca de un quiosco de periódicos. El sol apretaba ya de firme y la excesiva luminosidad hería sus ojos, a pesar de las oscuras gafas de sol.

Veinte minutos después, un pequeño «Renault-5» color naranja se detenía ante él.

Un muchacho que vestía mono de mecánico bajó y se aproximó.

—¿*Monsieur* Dallan? —preguntó. Y al ver que éste asentía, añadió—: Éstas son las llaves, *monsieur*. El depósito de combustible está lleno. Mi patrón me encarga le pregunte si necesita algo más.

Dallan se puso en pie y sonrió.

—Nada más, gracias —buscó unas monedas en el bolsillo del pantalón y entonces recordó que llevaba puesto el traje de Helmut. Finalmente, sacó una billetera y apartó tres billetes de diez francos—. Para el autobús. Tómame unas cervezas en algún sitio. Está haciendo calor.

Dallan penetró en el coche. La chaqueta de Helmut le oprimía los hombros y la espalda y le hacía sentirse incómodo.

Necesitaba otro traje, otras ropas más cómodas y limpias. Necesitaba, además, curarse las heridas de los brazos, de los pies, del pecho. La sangre se había pegado a las ropas y los tirones le producían constantes agujonazos de dolor.

Reflexionó.

—La suerte está echada. He salvado la vida por ahora. Pero...

Era consciente del peligro de muerte que corría. LaCorda no perdonaría. Ni siquiera ante el hecho de que Dallan le devolviese el alijo de heroína.

¿Qué debía hacer?

Podía vender la heroína. Sería fácil para Dallan. Bastaría visitar a los clientes de LaCorda en Italia, en Suiza, en Alemania, en Luxemburgo...

Sólo que LaCorda también pensaría en ello y aquellas ciudades de la frontera estarían bien vigiladas.

En cuanto Dallan apareciese por allí... una ráfaga de metralleta o una bomba de mano serían suficientes.

Decidió que lo mejor era ocultarse durante cierto tiempo. Si pudiese obtener pruebas de culpabilidad contra Giovanni LaCorda...

¿Por qué no? Aquélla sería una bonita forma de quitarse de encima al peligrosísimo gángster.

La idea se fue afianzando en su cerebro: eliminar a LaCorda, hundirle, entregarle a Martois, a la policía, junto con las pruebas necesarias para sepultarle en prisión por veinte o treinta años.

Entonces... podría vender tranquilamente aquellos doscientos kilos de heroína. Y marcharse lejos, donde pudiera olvidar sus fracasos como esposo y como policía.

Pero doscientos kilos de heroína podían hacer un daño inmenso, incalculable.

Había que pensar que millares de personas pagarían un precio exorbitante por unas dosis de la droga. La heroína les iría matando lentamente.

Claro que Dallan no podía olvidar que precisamente había ingresado en los servicios de represión del contrabando de narcóticos por la repugnancia y la indignación que sentía contra los traficantes de estupefacientes.

Y ahora él, Marcel Dallan, un profesional honrado y consciente, iba a convertirse en un criminal más.

No quiso seguir pensando. Debía cambiarse de traje y buscar un escondite seguro.

No era probable que LaCorda volviera a enviar a sus sicarios al apartamento de rué Lombard.

Metió la llave en la ranura del contacto, arrancó el motor y abandonó la Place Flambeau donde algunos ancianos arrojaban trigo a las bandadas de palomas.

En la rué Lombard, aparcó el coche en la acera de enfrente y tras dirigir una desconfiada mirada a la calle, la cruzó y penetró en su casa.

CAPÍTULO VII

La puerta estaba entreabierta.

«Es natural —pensó—. Ellos la dejaron abierta cuando me sacaron de aquí, de madrugada».

Entró y cerró suavemente a su espalda. Y de repente se quedó rígido.

Podía percibir el aroma de un perfume conocido.

¿Chanel número cinco? Era el perfume que solía utilizar Daniele.

Al sacar la pistola del bolsillo, el arma estuvo a punto de escapar de entre sus dedos magullados.

Estaba seguro de que su esposa se encontraba dentro. Pero ¿sola o acompañada?

Avanzó con precauciones. Daniele se encontraba en el ventanal, atisbando nerviosamente a través de los visillos.

—¿Qué haces aquí?

La mujer se volvió asustada, de un brinco.

—¡Marcel! —exclamó—. ¡Al fin!

Dallan la miró con frialdad. Todavía estaba caliente en su corazón el recuerdo de la mujer amada. Pero era mejor marcar las distancias.

—No imaginé que pudieras volver aquí —dijo el hombre, guardando la pistola y dejándose caer sobre el diván—. ¿Acaso olvidaste algo?

Ella denegó con la cabeza. Sus ojos tenían un fulgor desusado.

—No olvidé nada, Marcel. He venido a prevenirte. LaCorda ha llamado a Jules...

Dallan sonrió amargamente.

—Ah, Jules Pierremont, el respetable caballero, adinerado y afectuoso —exclamó, irónico.

Daniele alzó la barbilla, lastimada.

—En fin, sé aproximadamente cuál es el papel de Jules en relación con Giovanni LaCorda. En realidad, no sé por qué he venido hasta aquí, Marcel, puesto que nada nos une ya...

—Empiezo a adivinar que las cosas no te han ido bien con Pierremont, ¿me equivoco?

Daniele frunció los labios en un rictus colérico.

—¿Y qué...? Es cosa mía. Y ahora escucha, porque te interesa. LaCorda ha encargado a Jules que se ponga en contacto con Marcantonio Zampa, a quien llaman El Corso. No sé quién es, pero no es difícil adivinarlo: un hombre fuerte, hábil para encontrar a un hombre o para hacerlo desaparecer para siempre. He estado escuchando la conversación de Jules con El Corso. Más de cien hombres te buscarán, Marcel. Y tienen órdenes de disparar contra ti. Creo que lo mejor que puedes hacer es...

—¿Marcharme lejos?

—Confiar en mí, Marcel. Marcharte no sería la mejor solución. Ellos vigilarán las carreteras, los aeropuertos, los puertos, las estaciones de ferrocarril, todo. Escucha, Jules es generoso conmigo. Tengo algún dinero. Te lo daré. Puedo alquilar un pequeño apartamento en Flauvert, donde podrás pasar desapercibido, entre la multitud de pintores y artistas de toda laya que viven allí. Creo que para ti, Marcel, es la única oportunidad de conservar la vida. Ignoro qué has podido hacer a LaCorda, pero lo cierto es que ese hombre no se detendrá ante nada. Sólo quiere asesinarte, eliminarte.

—¿De veras no sabes por qué LaCorda quiere enterrarme? —exclamó Dallan, cansado.

—No me interesa —respondió Daniele, encendiendo nerviosa un cigarrillo, del que apenas fumó unas chupadas, pues inmediatamente volvió a apagarlo sobre el cenicero.

Dallan la miró en silencio.

—Daniele estaba más bella que nunca. Quizá un poco más delgada. Y también un poco pálida. Pero bellísima.

—¿Por qué haces todo esto, por qué te expones por ayudarme? ¿Tiene que haber un motivo! —exclamó, confuso.

Daniele tardó en contestar. Parecía tímida, indecisa.

—Bueno... Te herí profundamente, Marcel. Quiero compensarte

de algún modo —de repente estalló en sollozos—. ¡Oh, Marcel, si tú fueras capaz de perdonarme, yo... yo...!

—¿Volverías conmigo?

—¡Sí! —respondió ella con ardor—. Porque sólo a ti te amo. Me ofusqué, Marcel, me sentía sola y angustiada. Y...

Dallan se puso en pie con gran esfuerzo.

—Pues cuánto lo siento, querida —dijo con deliberada lentitud—. Pero soy un meridional, un hombre del Midi. Quizá excesivamente retrógrado, apegado a las tradiciones del Sur, pero no quiero recibir en mis brazos a la esposa que me abandonó, a la que se entregó a un... marroquí. Yo cumplí con mi parte, Daniele: fui un buen esposo, un hombre enamorado y cumplidor. ¿Recuerdas cómo te estremecías entre mis brazos? Vibrabas de pasión y de deseo. Y yo siempre cumplía con creces. Pero tú te fuiste. Ahora ya no hay nada entre nosotros, Daniele. ¿Para qué empeñarse en volver atrás?

Ella ocultó el rostro entre las manos y gimió, desconsolada. Pero Dallan fue al lavabo y se encerró en él para curar sus heridas.

Cuando volvió al cuarto de estar quince minutos más tarde, Daniele continuaba allí.

Antes de que el hombre pudiera hablar, ella se le anticipó.

—No temas, Marcel. No voy a insistir. Pero no quiero que el rencor y el despecho se apoderen de mí. Te he ofrecido mi ayuda y mi propuesta sigue en pie. Te daré dinero, alquilaré para ti un apartamento en Flauvert, donde puedas escapar a los hombres de El Corso. Y no volveré a molestarte.

Dallan pareció tomar en cuenta sus palabras. Luego sonrió débilmente y movió la cabeza.

—Es un hermoso rasgo por tu parte, querida. Pero prefiero mantenerte al margen de todo esto. Ahora debo vestirme. Adiós, Daniele.

Ella se alejó hacia el pasillo, tras leve vacilación.

—Adiós, Marcel. No volveremos a vemos.

Cuando la puerta se cerró, Dallan notó su garganta seca y amargo el sabor de sus labios.

Hizo un gesto enérgico, como si con ello liquidara el último recuerdo de su esposa, y volvió a la alcoba, donde se vistió.

Desde el ventanal que daba a la rué Lombard, se asomó para

vigilar la calle.

En aquel instante un gran coche americano de color oscuro se detuvo en la acera de enfrente con un chirrido de frenos.

Seis hombres bajaron del automóvil y se distribuyeron rápidamente.

Tres atravesaron la calle y penetraron, al parecer, en el portal de su casa. Otro se aproximó al «Renault-5» y le dirigió una inquisitiva mirada. Los dos restantes quedaron en la acera más próxima, vigilando, atentos, la fachada del edificio.

Si no tuviera su rostro cubierto de tafetanes y de hematomas, Dallan hubiera palidecido.

Conocía a aquellos hombres perfectamente. Eran matones de El Corso. «Especialistas» en el repugnante arte de matar.

Que venían a por él, era más que seguro.

Por asociación de ideas, pensó en Daniele. ¿No era sospechoso que aquellos hombres se presentasen justamente unos minutos después de haberse marchado ella?

Le repugnó la idea que empezaba a afianzarse en su cerebro. No, Daniele no podía llegar hasta el extremo de convertirse en cómplice de un asesinato.

Se movió aprisa. La pistola tenía un cargador con seis balas. Y tenía también su revólver de tambor corto.

Pero ¿qué podría hacer contra seis hombres expertos y decididos a todo?

Le acribillarían, en cualquier caso.

Y no podría escapar. La casa no poseía más que la salida de la escalera. Podía, sí, salir a la terraza. Pero la terraza daba a la calle. Y en la calle estaban tres de aquellos pistoleros.

¡Había otra solución! Podía correr hacia la escalera y penetrar en el domicilio de sus vecinos, los Doré.

Recorrió el pasillo y abrió la puerta. Tres hombres subían ya la escalera.

Cerró despacio, suavemente, sin producir el menor ruido. No le habían visto.

Desesperado, retrocedió de espaldas.

Descolgó el teléfono y empezó a marcar el número de la policía... antes de comprobar que no había línea. Habían cortado el cable, en el exterior.

¿Dónde esconderse, cómo buscar una escapatoria?

En la puerta de su apartamento, alguien estaba hurgando en la cerradura con una llave. ¿O con una ganzúa?

Entonces vio el gran *puff* que ocupaba el centro del salón. Normalmente, el centro del *puff*, de gran capacidad, estaba lleno de botellas y vasos.

Levantó el cojín que ocultaba el bar, en el centro geométrico, y comprobó, entusiasmado, que estaba vacío.

Claro, Daniele odiaba todas las bebidas alcohólicas. Y en su ausencia había limpiado de botellas y vasos el agujero.

Le bastaron cuatro segundos para introducirse en el agujero de medio metro de diámetro. Con las rodillas acariciando su mentón, desde luego. Luego tomó el cojín exagonal y lo ajustó en la boca.

Contuvo la respiración. ¡Iban a penetrar en el apartamento de un momento a otro!

Si uno de aquellos canallas alzaba el cojín... Bueno, Dallan tenía la pistola de Lupo Pescara en una mano y él revólver en la otra.

El hombre que le descubriera iba a llevarse una gran sorpresa. La última sorpresa de su vida.

A pesar de que el acolchado del *puff* atenuaba los sonidos, las pisadas llegaron claras hasta él. Y seguidamente, los chasquidos de las puertas.

Estaban registrando las habitaciones, destrozando los muebles, alborotándolo todo.

Alguien se apoyó en el *puff*. Dallan apretó las mandíbulas, en insufrible tensión.

—No lo comprendo —gruñó alguien, rabioso—. ¿Cómo es posible que haya conseguido escapar?

Una segunda voz respondió con una blasfemia. Sonó el chasquido de la puertacristalera de la terraza y luego una voz ronca, colérica.

—¡Eh, Martin, Fabián! ¡Subid! ¡Hay que registrar todo el edificio!

El hombre que estaba sentado sobre el anchísimo *puff* debió levantarse en aquel momento.

Durante unos segundos, Dallan no escuchó el menor rumor. ¿Estaba contemplando aquel hombre el centro del *puff*? ¿Iba a elevar el cojín-tapa del bar de un momento a otro?

Se sentía asfixiado, incapaz de continuar en aquel reducido lugar, carente de oxígeno.

Súbitamente, sonó el portazo. El hombre que había salido a la terraza volvía.

—¿Qué diablos miras, Dupont? Muévete. Tenemos que registrar toda la casa. Es posible que Dallan nos viera llegar y se refugiase en alguno de los restantes apartamentos.

Los pasos se alejaron, Dallan dilató las ventanillas de su nariz. Pero el aire, viciado, ya no desahogaba sus pulmones.

A pesar de ello, aunque sentía un zumbido desagradable en sus sienes, aguardó todavía cinco minutos.

No percibía ningún sonido. ¿Se habían marchado o quedaba todavía alguno de ellos en su apartamento?

Lentamente empujó el cojín con la cabeza hasta que una rendija de luz le dio en el rostro. Aspiró aire fresco con ansia y tornó a bajar el cojín.

¿Cuánto tiempo había transcurrido? Para Dallan, toda una eternidad.

Al fin, se arriesgó a apartar el cojín, sacando por delante sus dos armas.

No había nadie a la vista. La puerta de la terraza estaba entreabierta y la brisa movía las cortinas.

Con grandes precauciones, sacó una pierna y luego la otra y se deslizó fuera del *puff*.

No salió al pasillo, sino que se aproximó a la cristalera y miró hacia la calle.

El coche americano de los pistoleros no estaba ya allí. Entonces atravesó el salón y salió al pasillo.

La puerta estaba entreabierta y la cerradura destrozada. En la escalera, algunas señoras hablaban muy excitadas.

—Hay que llamar a la policía...

—¡Tiene razón, *madame* Degout! No podemos quedarnos impasible ante la acción de esos desalmados. ¿Quiere creer que incluso registraron el lavabo cuando mi marido se encontraba allí?

—¡Es inconcebible! Esta ciudad se está convirtiendo en una especie de Chicago de los años treinta.

Dallan respiró profundamente. ¡El peligro había pasado!

Pero no podía engañarse: no iban a dejarle vivir. Tendría que

escondese como una rata, vivir acosado, siempre temeroso.

CAPÍTULO VIII

¿Flauvert, el barrio bohemio de los pintores pobres y de los escritores fracasados...?

¿Por qué no...? Las calles estaban siempre llenas de gente y pasar desapercibido entre aquella muchedumbre de greñudos que exhibían sus cuadros en mitad de la calle o realizaban retratos a carboncillo por veinte francos, no sería difícil.

Dallan había pasado el día durmiendo dentro del pequeño automóvil que Louis Rimbaud le había proporcionado, estacionado en el mercado de Bacine, entre los pesados camiones de ruta.

Se había despertado al anochecer, dolorido y magullado. ¿Qué podría hacer en aquella situación? Lo razonable hubiera sido alejarse de Marsella unos kilómetros, buscar un lugar tranquilo y reponerse durante una semana, como mínimo.

Pero Dallan se había fijado una meta: encontrar pruebas contra Giovanni LaCorda, entregarlo a la policía.

¿Cómo...? Aquello era otra cosa. Porque no podía acercarse a Le gai repos y pedirle al gángster que le entregara las pruebas que necesitaba.

Un año atrás, cuando tenía amigos..., Pero era mejor no volver al pasado.

Ahora estaba solo, absolutamente solo contra una organización al servicio del crimen, cuya cabeza tenía un nombre: Giovanni LaCorda, el hombre que no sabía perdonar.

A las nueve de la noche, Dallan condujo su coche hasta Flauvert.

Ignoraba que dos horas antes una rabiosa y despechada mujer llamada Daniele Parreaux se había entrevistado con LaCorda, en compañía de aquel inteligente marroquí llamado Jules Pierremont.

—No aceptó mi ofrecimiento de alquilar para él un apartamento

en Flauvert. Naturalmente, sólo trataba de tenerle bajo control. Pero no quiso aceptar mi ayuda. Dijo que no quería verme complicada en este asunto, pero tal vez comenzaba a desconfiar de mí.

LaCorda miró a la bella mujer con desconfianza. Confiaba en Pierremont... porque tenía pruebas comprometedoras contra el marroquí, pero aquella sutil y ambiciosa mujer...

—Flauvert, ¿eh? —dijo, pensativo. Y añadió—: No está mal. Es posible que Dallan haya tomado nota de ello y decida buscar cobijo en Flauvert. Por si acaso...

Se alzó de su sillón y fue al teléfono. Pocos segundos después escuchaba la voz de El Corso.

—Zampa. ¿Es usted, señor LaCorda?

—Yo soy. Escuche, Zampa. Ordene que registren el barrio de Flauvert. ¿Por qué...?

Digamos que es una corazonada. Hágalo. Cuanto antes. Y deje un par de hombres allí.

—*Bene, monsieur* LaCorda. Daré instrucciones ahora mismo.

Lejos de Le gai repos, en el corazón de Marsella, estaba el barrio Flauvert.

Dos indeseables llamados Jacques Martin y Phillipe Dupont vigilaban la Plaza de la Rivière, desde el interior de un viejo «404».

Junto a la acera, los viejos cafés arrojaron chorros de luz amarillenta. Algunas mujeres paseaban desde la esquina de Haulvieux hasta la de la rué Tremoilles. Prostitutas en espera de un cliente.

Martin y Dupont se aburrían. Pero las órdenes del Corso no admitían disculpas: tenían que vigilar durante toda la noche. De cuando en cuando, sin bajar del coche, daban una vuelta por el barrio y esporádicamente penetraban en las tabernas y en los cafés.

Muy cerca estaba la pensión DeMarie, utilizada por las meretrices para ejercer su poco limpio oficio.

Martin bostezó. Luego sacó cigarrillos y ofreció a su compañero, que lo rehusó, asqueado, después de fumar una docena de pitillo, en poco más de dos horas.

¿Para qué seguir allí? Diez hombres habían registrado las pensiones, hoteles de tercera y cualquier inmueble dedicado a alquiler de habitaciones.

Dallan no había aparecido y los dos hombres dudaban mucho de que apareciera. Pero las órdenes eran las órdenes.

Mientras Martin encendía su cigarrillo, un «Renault-5» color naranja se estacionó diez metros delante de ellos, precisamente frente a la fachada de la pensión DeMarie.

Dupont miró el automóvil con insistencia.

—Es curioso. ¿Recuerdas el «Renault» naranja de la rué Lombard? —exclamó, golpeando el brazo de su compañero—. Pues ése tiene la misma matrícula. ¿No es curioso?

Martin miró hacia donde Dupont le indicaba. Lanzó una interjección y el cigarrillo se le escapó de los labios.

—¡Estúpido! —bramó—. Si tiene la misma matrícula, es que se trata del mismo coche.

Y si es el mismo coche que estaba estacionado ante el apartamento de Dallan...

Dallan se apeó del coche en aquel mismo instante.

Martin y Dupont, que habían recibido una docena de fotografías de aquel hombre, quedaron helados de sorpresa.

Al fin, Martin masculló una palabrota y se echó fuera del coche. Dupont hizo lo propio por su lado, pistola en mano.

Dallan giró la cabeza y les vio. E inmediatamente volvió sobre sus pasos y se introdujo apresuradamente en el coche.

—¡Se larga! —exclamó Dupont, con expresión estúpida.

Martin le agarró por un brazo y le arrastró hasta el «404» en el momento en que él «Renault-5» arrancaba ya.

Los neumáticos chirriaron sobre el asfalto y el aire se llenó de olor a caucho quemado.

En pocos segundos, el pequeño automóvil de Dallan había sacado casi cien metros de ventaja al coche de los pistoleros.

—¡Dispara, dispara! —rugió Martin, dominado por la ira.

Dupont sacó el revólver por la ventanilla y disparó hasta agotar el cargador de su pistola.

Por un momento pareció que ni uno solo de los proyectiles había hecho blanco. Ciertamente que el «Renault-5» aminoraba su velocidad, aproximándose a un cruce, pero el coche seguía rodando rectamente.

A unos veinte metros del cruce, el coche de Dallan se inclinó bruscamente a la derecha y montó en el ancho andén.

Martin se equivocó: imaginó que el fugitivo trataba de alcanzar la calle de la derecha, ahorrándose pasar por el cruce. Y quiso darle el golpe de gracia.

Por ello montó igualmente en la acera y aceleró, dispuesto a arremeter contra el «Renault».

Por desgracia para él, el extremo de un macizo banco de granito se interpuso en su camino. El paragolpes chocó contra la piedra y arrancó un haz de chispas.

El «404», pues, volcó aparatosamente y rodó sobre el andén hasta alcanzar el cruce.

Un camión de mudanzas le embistió de frente y alteró su trayectoria, empujándole salvajemente a lo largo de la calle donde había ido a detenerse el «Renault» de Dallan, estrellado contra un poste del alumbrado.

El camión de mudanzas volvió a alcanzar al abollado «404» y lo arrastró, enganchado durante algunos metros.

Una gran conmoción se produjo en aquel lugar en cuanto el camión de mudanzas pudo frenar.

Los curiosos, agolpados alrededor del camión contemplaban, estremecidos de voluptuoso espanto, el asfalto manchado de rojo.

—¡Es horrible! —dijo una mujer, con el rostro blanco—. Hay dos hombres... muertos, prensados dentro de... esa chatarra.

Entretanto, Maree Dallan salía penosamente del «Renault».

La sangre empapaba ya su pecho. Una de las balas disparadas por Dupont le había perforado la espalda y, seguramente, horadado el omóplato derecho.

No había intentado escapar montando en el andén.

Por el contrario, había sufrido un desvanecimiento intenso y su coche había corrido sin control hasta estrellarse, a escasa velocidad, contra el poste.

La convulsión del golpe, el estrépito, le habían obligado a abrir los ojos. Y viendo el «404» convertido en chatarra, acababa de comprender.

Aunque se sentía sumamente débil, consiguió enderezar su espalda y caminar a buen paso, calle adelante, cuando ya un coche de la gendarmería se acercaba al lugar del suceso haciendo sonar su peculiar sirena.

Pero apenas hubo dado cien pasos, Dallan comprendió que no

podría seguir caminando. Unas náuseas inmensas le asaltaron, los contornos de la calle se desdibujaban ante sus ojos y sus rodillas se doblaban de forma alarmante.

Llegó ante una callejuela estrecha, poco iluminada. Apoyado en la esquina, respiró con ansiedad. La sangre corría ya por la espalda y empapaba su pecho.

Penetró en el callejón, caminando como un borracho. Cayó una vez. Y volvió a levantarse.

Iba sin rumbo fijo, empujado por la inercia.

Así, cayendo y tornando a alzarse del suelo, caminó unos doscientos metros. Ante él brillaban algunas luces. Quizá una taberna más.

Apoyado en el quicio de la puerta de una casa ruínosa, aguardó. Se sentía morir. No sería capaz de llegar a ningún sitio.

Poco a poco, sus rodillas fueron doblándose hasta quedar agachado, abrazado a las viejas piedras.

Una sonrisa amarga frunció sus labios. Le había llegado la hora: iba a morir. Se desangraría en una callejuela solitaria, abandonado de todos.

CAPÍTULO IX

Denis empujó a la muchacha contra el muro y la abofeteó.

—¿Escrúpulos ahora, Janine? —rugió, furioso—. No, pequeña. ¿Recuerdas?, no protestabas cuando te metí entre los senos un billete de cien francos, ni tampoco cuando te llevé a cenar a Chez Girard, ¿verdad? Ni siquiera cuando me gasté casi doscientos francos en el vestido que llevas puesto.

—¡Suéltame! —gritó la joven, sin soltar una lágrima, sin murmurar un gemido.

Era muy joven. ¿Llegaría a los veinte años? Delgada, flexible, esbelta, muy morena, de rostro ovalado y pómulos pronunciados. Sus ojos negros estaban llenos de furia y de indignación, de contenida rebeldía.

Forcejeó con ímpetu. Pero ¿qué podía hacer ella, una débil muchacha, contra Denis, un canalla forzado y macizo, de casi cuarenta años?

—Irás a casa de *madame* Carrére. ¡Irás! Porque yo se lo prometí. Y harás lo que ella te ordene —insistió Denis, sujetándola por los hombros, con los dedos hincados en el frágil cuello.

Por primera vez, Janine exhaló un gemido.

—¡No! —gritó—. No quiero convertirme en una fulana.

—No, ¿eh? Todas decís lo mismo al principio. Y luego... En fin, pequeña: ya te lo dije. Se lo he prometido a *madame*. Y Denis Lerroux cumple siempre su palabra. Si te niegas...

Denis bajó velozmente su mano derecha y sacó la navaja del bolsillo.

Era una navaja automática. Su larga y brillante hoja brotó ante los ojos de Janine, que se aplastó contra el muro de un brinco.

—¿Ves esto, estúpida? Sirve para desfigurar rápidamente una

carita bella como la tuya.

O vas a casa de *madame* Carrére, o...

La navaja trazó un brusco destello ante el rostro de Janine, que gritó de espanto.

En aquel momento, dos hombres salieron de la taberna y se quedaron mirando a la pareja.

Denis guardó la navaja y empujó a empujones a Janine, callejuela adelante, hacia la zona más oscura. Los bebedores que se les habían quedado mirando desde la puerta de la taberna, se encogieron finalmente de hombros y se alejaron.

De repente, Janine reunió todas sus fuerzas, dio un tirón y logró escapar.

Denis rugió una blasfemia. No estaba dispuesto a dejarse ir la renta que Janine suponía, bien «colocada» en el prostíbulo de *madame* Carrére.

Corrió locamente en pos de ella, gritando insultos como un poseído. Pero Janine tenía las piernas largas y ágiles y le sacaba cada vez más ventaja.

Denis, por el contrario, tenía cuarenta años y era demasiado pesado, sin contar con los años de vicio y depravación que cargaba sobre sus espaldas.

Sin embargo, súbitamente, Janine tropezó con algo y se fue al suelo. Y aunque trató desesperadamente de proseguir su marcha, Denis llegó junto a ella y la aplastó con su peso.

Sin dejar de vociferar horribles denuestos, Denis alzó a la muchacha y la golpeó a puñetazos. Ciegamente, de forma bestial.

Hasta que la muchacha cayó al suelo.

Ya se disponía a proseguir la paliza, cuando Denis escuchó aquella voz lenta y monótona:

—No siga. Dé media vuelta y márchese. Si sigue golpeando a esa mujer, le volaré la cabeza de un tiro.

Denis se volvió de un brinco y buscó la navaja.

Entonces vio el bulto del hombre que se encontraba postrado en el quicio de la puerta.

Precisamente Janine había tropezado en sus pies, en medio de las tinieblas.

Pero Denis vio perfectamente la silueta de la pistola de larguísimo cañón. Y la mano que empuñaba la navaja dentro del

bolsillo quedó inmóvil.

—Está bromeando, ¿eh, compañero? —Trató de componer la situación Denis, aunque el temblor de los labios demostraba su miedo—. La chica me pertenece, ¿comprende? He invertido algunos cientos de francos en ella y ahora, la muy ingrata, decide independizarse. Conque...

—Váyase —le cortó Dallan, impasible.

Denis dio algunos pasos hacia el desconocido.

—Escuche...

El disparo sonó apagado. Pero la bala envió un sople caliente entre los largos y descuidados cabellos del *maquereau*.

Denis saltó hacia atrás, se detuvo vacilante. Y de repente emprendió la huida. Un minuto después había desaparecido.

Janine escupió sangre y rezongó algo entre dientes.

Al cabo, se puso en pie y se aproximó al hombre que yacía en el suelo.

Un borracho, según pensó.

En cualquier caso, el borracho la había librado de recibir una brutal paliza y de algo más importante.

Se aproximó a él y le palpó.

—Señor... ¿se encuentra bien? ¿Quiere que le ayude a incorporarse? —susurró.

—Sí, por favor.

El hombre pesaba demasiado, por lo que Janine tuvo que abrazarse a su cintura para elevarle.

Al fin lo consiguió, con gran esfuerzo. Janine notó aquella humedad viscosa y se retiró, aterrada.

¡Sangre, era sangre! Aquel hombre estaba herido, quizá grave.

Su primer impulso fue correr y alejarse a la mayor velocidad posible de sus jóvenes piernas.

Luego, el sentimiento de gratitud la obligó a esperar.

—Señor —exclamó—, ¡está empapado en sangre!

Creo... creo que se encuentra muy mal, ¿no es cierto?

Dallan se había apoyado en el muro y respiraba entrecortadamente. De entre sus labios brotaba una espumilla sanguinolenta.

—Sí —respondió en un suspiro—. Tengo el pecho perforado por una bala. Creo... que voy a morir.

Janine gritó de susto.

—Pero... ¡no es posible! Vamos, vamos, le llevaré a algún sitio, avisaré a la policía, le atenderán, se curará, ya verá.

—No llame a la policía —suplicó el hombre. Entonces, ¿qué hacer? Janine no quería volver a la pensión de *mademoiselle* Blanchamps, porque sabía que el canalla de Denis la buscaría allí. ¿Dónde ir, Dios santo?

Por supuesto, estaba decidida a no abandonar a aquel hombre. Pero...

Lo recordó enseguida:

—¡Corinne! Ella me ofreció una habitación en su casa. ¡Y es tan bondadosa...!

No lo dudó. Tomando a Dallan por debajo de la axila, dijo animosamente:

—Vamos, no tema. Yo lo arreglaré todo.

A Dallan se le aflojaban las piernas de cuando en cuando. A veces su cabeza caía bruscamente sobre el pecho. Pero volvía a rehacerse una y otra vez.

Tras media hora de avanzar por las tortuosas ruelas, Janine se detuvo ante la vieja casa que Corinne había alquilado.

Pulsó el timbre y Corinne, regordeta y vistosa, bajó la escalera. Al ver el pecho ensangrentado de Dallan, se asustó:

—¡*Mon Dieu!* ¿Quién es este hombre, Janine?

—Un amigo. Lo encontré herido. Pero él me libró de Denis. Y ahora no podemos perder tiempo, Corinne. No pongas esa cara y ayúdame. Tenemos que subirle arriba.

—Pero... *ma toute folle filie*, eso no puede ser. Quizá sea un asesino. Y la policía...

—Cállate y ayúdame —la interrumpió Janine con energía.

Le subieron y le depositaron en una cama. Dallan, como si pudiera adivinar que se encontraba a salvo, acababa de desmayarse.

Consternada, Corinne observaba a Janine, que quitaba la chaqueta y la camisa al herido y lo volvía, decidida, boca abajo, procurando que pudiera respirar con desahogo.

—Es un hermoso agujero, pero la bala no ha salido —dijo Janine—. ¿Conoces a algún médico que pudiera atenderle?

—Blomchard. Ha practicado el aborto a algunas de mis compañeras. Cobra caro, pero es un buen cirujano y no tiene

escrúpulos.

—Llámale por teléfono. ¡Muévete!

—Pero... ¡Janine! Te estás pasando de la raya. Me fuiste simpática... porque tal vez me hubiera gustado tener una hija como tú. Incluso te aconsejé que no cayeses en la tentación de dedicarte a la vida, pero...

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó la muchacha con frialdad.

Corinne se retorció las manos.

—¡Merde...! No quiero que os vayáis, pero no tengo dinero para pagar a Blomchard. No cobrará menos de tres mil francos por atenderle hasta que cure... en el caso de que se salve.

—Llámale —insistió con firmeza Janine—. Yo le pagaré. Obtendré el dinero como sea. Este hombre estaba medio muerto y me ayudó. Ahora soy yo la que debo ayudarle.

—Ya te he dicho que estás loca. No estarás pensando ir a casa de *madame* Carrére para pagar a Blomchard...

—No sé lo que estoy pensando. Pero estoy segura de que Blomchard no se quedará sin cobrar —respondió Janine.

—Está bien —resolvió Corinne, admirada. Y cogió la camisa ensangrentada de Dallan para llevarla a la basura.

Al hacerlo, la chaqueta cayó al suelo. Un fajo de billetes grandes se desparramó por el suelo.

Corinne lanzó un grito de asombro y se inclinó.

—¡Mira! ¡Dinero! ¡Miles de francos...!

Contó el dinero, tan nerviosa que algunos billetes resbalaron hasta el suelo.

—Hay unos ocho mil, Janine. Con esto...

—¿Lo ves? Te dije que Blomchard cobraría. Y ahora, ¡por amor de Dios!, ve al teléfono y avísale.

CAPÍTULO X

Blomchard se marchó cerca de las once.

Sudaba cuando terminó con Dallan.

Había extraído la bala, incrustada entre los huesos, y practicado una transfusión. Corinne había tenido que salir corriendo a buscar una farmacia para comprar un lote de antibióticos inyectables.

—No es grave, aunque ha perdido mucha sangre. Será necesario inyectarle antibióticos hacia la madrugada para prevenir la infección. Naturalmente, yo no puedo venir a esas horas. ¿Se atreverían ustedes a ponerle la inyección?

—Yo lo haré, si me explica cómo debo hacerlo —se ofreció Janine, con entereza.

Blomchard se lo explicó en pocas palabras.

—... cuando la jeringuilla esté llena de la suspensión, pinche en la parte superior del glúteo, procurando no tocar al nervio ciático. Si penetra un poco de sangre en la jeringuilla, saque la aguja y pinche otra vez. Eso es todo.

Blomchard exigió dos mil quinientos francos. Y en cuanto tuvo el dinero en sus manos, desapareció, prometiendo volver al día siguiente.

Poco después, Corinne apareció en la habitación del enfermo. Y parecía preocupada.

—Janine, es una terrible situación. Acabo de recordar que esta noche viene uno de mis clientes, Jacob Darrosvki. ¡Si oye los gemidos de tu amigo!

Janine se puso seria.

—Escucha, no debes recibir a ninguno de tus amigos mientras este hombre no esté bien y pueda marcharse por su propio pie. No, no vas a perder nada. Cobrarás del dinero que encontramos en su

bolsillo.

—Pero Janine, no se trata de dinero. Jacob es un buen amigo, generoso y fiel. No busca a otra jamás, sólo me busca a mí, ¿comprendes? Si le digo que no, empezará a despotricar, sospechará algo, se sentirá curioso, se pondrá pesado y... ¡Dios santo!, ¿es un maldito lío?

Janine reflexionó un momento.

—¿Por qué tanta preocupación? Espera a Jacob en la puerta e invítale a cenar en cualquier restaurante. Dile que prefieres buscar una habitación en la Pensión DeMarie, que tienes en casa a un pariente viejo y chismoso y no quieres que averigüe tu verdadera situación. Hazlo con sencillez y todo irá bien.

Corinne la miró con admiración.

—Nunca se me hubiera ocurrido. De acuerdo, *ma chérie*. Pero ¿y tú? ¿Vas a quedarte sola con él?

—No te preocupes por mí. Estaré velándole.

—Eres una gran chica, Janine —murmuró Corinne. Y la abrazó con afecto—. Te prepararé algo para comer...

—No. No te distraigas. Jacob estará al llegar. Arréglate y baja. Yo me ocupo de todo lo demás.

Poco después, Janine se quedaba sola.

Con profundo interés contempló el rostro de Dallan. Era un hombre virilmente atractivo, moreno, atlético y fibroso.

—¿Cómo se llamará, quién es, por qué le dispararon a matar...? —se preguntó.

Blomchard le había desnudado por completo, al advertir los rasguños, heridas, hematomas y desgarros que cubrían su cuerpo.

—Vaya, parece que le dieron una paliza fenomenal. No creo que haga más de catorce o dieciséis harás. Y, además, quisieron asesinarle —había comentado el médico.

Janine había visto sus manos y pies magullados, donde faltaban algunas uñas, sus rodillas despellejadas, casi en carne viva. Y contemplando ahora el rostro del herido, se sintió dominada por la indignación.

Las personas que habían hecho aquella carnicería no eran dignas de compasión. Quizá algunos canallas, hombres desprovistos de toda humanidad. Como Denis, el chulo, el alcahuete.

En el anular derecho de aquel hombre, Janine advirtió una zona

más blanca, menos morena. ¿Un hombre casado?

Se sentía llena de curiosidad, que no era otra cosa que interés hacia aquel hombre.

Tomó su chaqueta y la registró. No había gran cosa en los bolsillos: un paquete de cigarrillos negros, un llavero, unas monedas. Y el permiso de conducir.

Miró la fotografía con avidez y leyó el nombre: Marcel Dallan... ¡policía!

Tragó saliva y se sintió aterrada. No es que tuviera algo que temer... aparte de haberse marchado media docena de veces de un restaurante, sin pagar. Pero en Flauvert, mencionar a la policía era siempre de mal agüero.

—¡*Au diable!*— murmuró. —Es un hombre, como muchos otros. Quizá mejor, porque demostró interés por evitar una injusticia.

Contemplando a Dallan, se quedó dormida a los pies de la cama. Corinne la despertó: eran las tres y media de la madrugada.

—Ven conmigo —pidió Corinne, muy excitada—. Tenemos que hablar, Janine.

—Iré luego. Ahora debo poner la inyección a Dallan.

—¡Dallan! —exclamó Corinne, aterrada—. Luego es él. ¡Lo que me temía...! Ven. Sal de aquí. Tenemos...

—Aguarda. Voy a ponerle la inyección —respondió Janine con entereza—. De ello depende su vida.

—¿Su vida? ¡Quizá también la nuestra esté en peligro! —gimoteó Corinne.

Su amiga la miró, intrigada.

—¿Qué dices? Anda, habla, mientras yo preparo la inyección. El no se enterará, si es eso lo que temes.

—Pues verás: Jacob me ha contado algo. El barrio está vigilado por los hombres de LaCorda.

—¿Quién es LaCorda? —preguntó Janine, distraída, mientras introducía el suero en el frasco de antibiótico en polvo.

—¿Es que no has oído hablar de él? ¡Un gángster, un hombre rico y poderoso! Domina la ciudad y es capaz de destituir incluso a un gobernador, por capricho. Los hombres de LaCorda patrullan por todo Flauvert y registran todos los establecimientos, incluso los prostíbulos. Y ¿sabes a quién buscan? A un hombre llamado Marcel Dallan. ¡Di la verdad! ¿Es él?

—Sí —respondió Janine sin volverse—. Pero no tienes nada que temer: es un policía.

Eso pone en su permiso de conducir.

—¡Ja! No lo creo. Pero aunque así fuera, cuando LaCorda pone sus ojos en un tipo, el individuo es hombre muerto. Si nosotros lo protegemos...

—Vuelve a Dallan boca abajo.

Corinne obedeció a regañadientes.

Janine clavó la aguja en el glúteo, comprobó que no entraba sangre en la jeringuilla, e inyectó lentamente.

Luego volvió al herido boca arriba y le arregló el embozo con suavidad.

Corinne volvió a la carga inmediatamente.

—Escucha, pequeña: ya has pagado a este hombre lo que él hizo de bueno por ti. Voy a llamar un taxi. Sacaremos a Dallan a alguna distancia de aquí y le daremos al taxista cualquier dirección: él se encargará de llevar a este hombre a un hospital.

Janine consideró la propuesta de Corinne. Pero de pronto recordó que Dallan no quería que se avisase a la policía. Y debía tener sus razones para ello.

—Mira, Corinne: no es posible hacerlo. Este hombre podría morir en el camino. O podrían encontrarle los hombres de ese importante LaCorda. Aquí no corre peligro. Si consigues conservar relajados tus nervios, nunca sabrán que está aquí. Ten ánimo. Serán cuatro o cinco días. Después...

Pero Corinne movió la cabeza, asustada.

* * *

—¿Cómo quiere que le diga que no ha venido? —rugió la mujeruca—. Janine no vino a dormir. Y ahora, lárguese, compañero. No me gustan los de su clase.

Denis le dirigió una mirada amenazadora, pero la mujer elevó la escoba y Denis dio un salto y se marchó por la escalera, murmurando insultos a media voz.

Desde las diez hasta las doce, Denis recorrió los cafés y los lupanares, buscando a Janine. Y llevaba ya dos días enteros haciendo lo mismo.

Ante el fracaso de su búsqueda, Denis sintió que su rabia estallaba en su pecho de hampón, retorcido y rencoroso.

Se encontraba en el café Maureau, cuando dos hombres jóvenes, altos, y elegantes penetraron en el local.

Ante los ojos de Denis pusieron una fotografía con el busto de un hombre.

—¿Le conoces?

Denis miró unos segundos aquellas facciones. Y denegó.

—No le he visto.

—Escucha, hay un buen puñado para quien reconozca a este hombre y nos lleve hasta él. Se llama Marcel Dallan; es alto. Un ex policía. Viste un traje claro a rayas... Está herido.

Denis pestañeó.

Acababa de recordar al cochino que le había obligado a huir aquella noche.

El tipo estaba en el suelo y parecía sentirse mal. Denis había imaginado que se encontraba borracho, pero ahora que lo pensaba...

—Es posible que viera a ese tipo hace dos noches. Ocurrió en el Passage Séraphine, cerca de aquí —murmuró, pensativo.

—Explícate —le ordenaron los dos hombres, tomándole por los brazos con fuerza.

Contó todo lo que sabía. E inmediatamente le invitaron a salir del café.

El Corso estaba muy cerca, sentado en el asiento posterior de un hermoso «Cadillac» dotado de bar, radioteléfono e incluso una mesita para jugar a los dados o al póquer.

Denis fue obligado a penetrar en el coche. Se sentía aterrado, traspasado por los ojos azules y penetrantes de aquel individuo robusto y elegantemente vestido con un traje veraniego, entallado.

Ante Marco Antonio Zampa, alias *el Corso*, Denis fue obligado a repetir su historia.

—Llévanos allí —ordenó El Corso.

El coche arrancó y rodó hasta el estrecho Passage Séraphine. La calle ostentaba un disco de circulación prohibida, pero el pistolero que conducía el «Cadillac» de Zampa no pareció advertirlo. El coche salvó el bordillo y se adentró en la callejuela.

—Estaba ahí —dijo Denis, señalando una puerta.

—Para.

El coche se detuvo ante la casa ruinosa. Las manchas de sangre reseca eran claramente visibles desde el coche.

El párpado izquierdo de Zampa se movió en un casi imperceptible tic.

—¿Crees que pudo refugiarse ahí? —preguntó mirando a Denis.

—No lo creo. El tipo parecía encontrarse muy mal. No hubiera tenido fuerzas para descerrajar la puerta. Además... parece que está intacta.

—Romped la puerta y registrad la casa, de todas formas. Y luego el resto de la calle —ordenó El Corso.

Se sentía rabioso, lleno de cólera y de rencor contra el hombre que era responsable de la muerte de dos de sus hombres: Marcel Dallan.

A su manera, también El Corso sentía como suyas las desgracias de sus «muchachos». Martin y Dupont habían muerto de una forma horrible, y...

Del automóvil que seguía al «Cadillac» de Zampa salieron cuatro hombres que ayudaron a destrozarse la vieja puerta en pocos segundos.

No tardaron mucho más de media hora en registrar los viejos edificios del Passage Séraphine.

Al cabo, un hombre rubio y corpulento introdujo su cabeza dentro del coche y dijo:

—Nada, jefe. No está aquí.

El ancho rostro de El Corso se descompuso. De sus labios brotaron algunas furiosas frases en italiano.

Luego pareció serenarse. Y miró a Denis, que aguardaba, atento, en actitud servil.

—¿Quién es éste, François? —preguntó al joven rubio.

—Denis, un *maquereau*^[2] del barrio Flauvert. Un individuo sin importancia —respondió François.

El Corso taladró a Denis con una mirada.

—*Voyons*, Denis, ¿quieres ganar diez mil francos? —preguntó.

Denis dejó escapar una risita y se frotó las manos.

—¿Qué hay que hacer, jefe? —exclamó.

—Sólo una cosa: encontrar la pista del hombre que has visto en las fotografías. ¿François? Dale algunas de ellas. Si consigues

llevarnos adonde está Dallan tendrás diez mil. Ahora, vete. Y trabaja rápido.

Denis bajó del coche, haciendo reverencias, y se alejó.

La codicia se había apoderado de él. Diez mil francos de una sola vez era mucho más de lo que podía conseguir explotando a Janine.

Sin embargo, no desconfiaba de lograr ambas cosas: la captura de aquel tipo llamado Dallan y la «exclusiva» de la bonita Janine en él lupanar de *madame* Carrére.

—Piensa, Denis, piensa —murmuró, cuando volvió al Café Maureau y pidió un doble *pernod*.

Dallan había intervenido a favor de Janine. Y el tipo estaba herido. Si Janine se había detenido a darle las gracias, y Denis sabía que la muchacha era una pazguata, habría advertido que Dallan estaba imposibilitado para moverse.

Janine tenía buen corazón. Era tímida y bondadosa. Precisamente de aquello había intentado aprovecharse Denis.

—Supongamos que Janine se apiada de Dallan, le saca del Passage Séraphine y le busca alojamiento. ¿Quién podría saber quiénes eran las amistades de la jovencísima Janine?

»*Madame* Georgette Carrére, de cuya casa huyó Janine en cuanto comprendió lo que se esperaba de ella —resolvió.

Algunos minutos después penetraba en un edificio de dos plantas ante el que las mujeres decentes pasaban sospechosamente veloces... para no ser confundidas.

Madame Carrére no le recibió de buen humor. La señora pesaba ciento veinte kilos y le aguardaba en un ancho sillón especial, suficiente para contener su voluminosa humanidad.

—Ah, Denis, condenado haragán. ¿Cómo te atreves a volver por aquí? Y la chica, ¿qué ocurrió con ella? Aún estoy esperándola —gorjeó la mujer con un tono de voz sorprendentemente agudo en una persona tan fornida.

Denis se deshizo en zalamerías.

—Por supuesto, *madame*, antes de pocas horas tendrá a Janine en su serrallo —prometió fácilmente—. Pero necesito su ayuda. ¡*Merde de filie*! La muy picara consiguió huir. ¿Sabe de alguna persona que estuviera dispuesta a ofrecer alojamiento a Janine, *madame*?

Georgette Carrére frunció sus arqueadas y depiladas cejas en un ademán reflexivo.

—Corinne siempre le demostró gran simpatía a Janine, ahora que lo pienso. Quizá la estúpida de Corinne la aconsejó mal. Si la niña se vio en la necesidad de buscar un sitio de confianza, es posible que acudiese a casa de Corinne.

—Supongo que sabe dónde vive Corinne, *madame*... —insinuó Denis.

—Passage Des Capucines, veintitrés.

El hombre repitió en voz alta varias veces la dirección e inmediatamente se dispuso a salir, olvidando despedirse.

Madame le detuvo de un grito.

—¡Espera, maldito atolondrado! No olvides que tengo en mi poder tu pagaré por mil francos. Quiero a Janine aquí —recordó con dureza.

Luego lanzó una carcajada que hizo vibrar el voluminoso bocio de su garganta y añadió:

—A mis clientes les ha dado por las jovencitas delgadas e ingenuas. Janine es una ingenua y sus gazmoñerías pueden volver generosos a mis clientes. Conque procura volver con ella. De todas formas, mis clientes no saben lo que se pierden desdeñando a las gorditas. ¡Donde esté una mujer metida en carnes...!

Volvió a reír a carcajadas, que maldita la gracia hacían a Denis, el cual asintió con la cabeza y salió al vestíbulo murmurando:

—Muérete, marsopa con faldas.

CAPÍTULO XI

Dallan se había vuelto de espaldas y las delicadas manos de Janine levantaban el apósito después de haberlo empapado en agua oxigenada.

El hombre sentía correr más aprisa la sangre en sus venas al contacto de aquellos dedos largos, finos y suaves, que sabían curar sin hacer el más leve daño.

Blomchard había vuelto dos veces.

—Perfectamente. Está fuera de peligro. Cuatro o cinco días de descanso y estará como nuevo. Claro que es un hombre muy fuerte y prodigiosamente resistente. ¿Saben quién es...?

—Mi primo Gerard —se apresuró a decir Janine—. Se dedica al contrabando y tuvo un mal encuentro con los *carabinieri*, en la frontera.

Por supuesto, a Janine no se le ocurrió decirle la verdad a Blomchard. Si el médico hubiera sabido que se trataba de un policía, ¡pobre Blomchard!, hubiera salido a la carrera, maletín en mano.

Pero también estaban los hombres que buscaban a Dallan. Corinne había averiguado que los pistoleros seguían recorriendo el barrio y ofrecían miles de francos a quien pudiera dar un dato cierto acerca de Dallan.

Ella misma se sentía aterrada, sí, no podía disimularlo. Pero lo disimulaba, sobre todo ante Corinne, que siempre regresaba a casa temblorosa y llena de pavor.

—¿Ves? Nada ha ocurrido, Corinne. Confía en mí: todo saldrá bien —le había repetido Janine en varias ocasiones.

Dallan había hablado ya muchas veces con Janine. Y la admiración se reflejaba en sus ojos oscuros.

—Eres muy valiente, Janine. ¿Sabes que estás en peligro? —preguntó Marcel, cuando ella terminó de vendarle la herida, casi cicatrizada ya.

Ella se encogió de hombros graciosamente.

—¿Peligro? Son imaginaciones de Corinne —respondió sencillamente.

—No lo son —la atajó el ex policía—. Quisiera hablar contigo, Janine. Quisiera contártelo todo. Pero con ello solo conseguiría comprometerte. Sin embargo, una cosa es cierta: jamás podré agradecerte cuanto has hecho por mí.

—Oh, no fui yo —respondió ella ruborosa, sin mirarle—. Corinne se ofreció a ayudarle, señor Dallon. Y yo...

Marcel la atajó con cierta brusquedad.

—No sabes mentir. Escuché vuestra conversación de hace tres noches. Corinne es buena, pero está aterrada. Ella quería dejarme en un taxi. Lo oí todo.

Janine pareció sorprendida, Pero no dijo nada.

Hubo unos minutos en los que ninguno de los dos habló.

Dallon, que observaba los movimientos de la muchacha y llenaba sus ojos con su deliciosa figura, preguntó de repente:

—¿Quién eres tú, Janine? ¿Por qué te golpeaba aquel hombre?

La mujer enrojeció hasta la raíz de los negros cabellos.

Se sentía terriblemente humillada ahora, pero no iba a rehuir la verdad. No quería mentir a Dallon.

—Denis se fingió agente de una agencia artística, me adelantó cien dólares y me prometió un puesto de corista en una opereta a estrenar en el Riviera. Al día siguiente cambió bruscamente: dijo que no había podido ultimar el contrato, pero insinuó que podía trabajar en algo mil veces más rentable. Y luego me abrió los ojos brutalmente: el lugar en donde yo iba a posar para un fotógrafo de gran prestigio, era el prostíbulo de *madame* Carrère. Me fui en cuanto comprendí que había sido engañada, pero Denis logró encontrarme. Me amenazó, me golpeó, quizá me hubiera matado a golpes. Quería prostituirme, explotarme. El resto ya lo sabe, señor Dallon.

—Llámame Marcel —respondió Dallon, disimulando su emoción—. Vales mucho, Janine. Una gran chica, valiente y llena de corazón. Estoy seguro de que alcanzarás el destino que mereces.

Algún día serás feliz.

Ella le miró rectamente y Dallan sintió vibrar algo extraño en su interior.

Al fin, inclinó el tronco y apresó una mano de la muchacha, la oprimió suavemente y dijo:

—Gracias por todo, Janine. Ojalá pueda compensarte algún día.

Un velo de tristeza alteró el brillo de los ojos de la joven. Liberó su mano y se llevó el plato con los utensilios empleados en la cura.

Fuera, en el pequeño salón, Corinne tropezó con Janine.

—Vuelvo enseguida, *ma chérie*. Bajo al mercado. Estaré de vuelta antes de media hora —dijo Corinne.

Janine la sonrió con afecto. ¡Pobre y valerosa Corinne, muerta de miedo durante tres días, esperando ver aparecer de un momento a otro en su casa a los pistoleros de LaCorda!

Corinne bajó los peldaños de la vieja escalera y salió a la calle.

Apenas había avanzado diez pasos, vio el gran coche americano que avanzaba por el pasaje. Un hombre descendió veloz del coche y la señaló con el brazo extendido. Era Denis.

—¡Eh, Corinne, espera!

Corinne palideció y volvió sobre sus pasos. Ya se disponía a refugiarse en su casa, cuando pensó que ello podría perjudicar a Janine y a Dallan.

Prefirió correr en sentido inverso, sin detenerse ante la escalera.

Para ser de corta estatura y ciertamente gordita, Corinne corría veloz, impulsada por el miedo.

El Corso vio la ventaja que la mujer sacaba al pesado Denis y ordenó a su conductor:

—¡Acelera, Bertrand! No te importe atropellar a ese estúpido.

Bertrand asintió con una fría sonrisa. Y aceleró.

Denis, sin dejar de correr, se volvió, alarmado, al escuchar el zumbido próximo del automóvil.

El espanto deformó su rostro de vicioso, y un grito de alarma brotó de su garganta.

—¡Eeeh! ¿Qué diablos va a...?

El paragolpes del «Cadillac» le alcanzó por las piernas y le proyectó contra la pared. Tras lo cual, el cuerpo de Denis rebotó y las ruedas del automóvil le pasaron por encima.

Corinne había arrojado ya su cesta y corría desolada calle abajo.

Filialmente alcanzó la rué du Cordonnier y corrió hacia la pequeña plazoleta que formaba con la rué Montagne.

Junto a la farola central, un gendarme tiraba de las orejas a dos chiquillos que se entretenían llenando de guijarros los bolsillos de tres o cuatro ancianos que tomaban tranquilamente el sol en la plazoleta.

Corinne vio al gendarme y cruzó la plaza, gritando a pleno pulmón:

—¡Auxilio, auxilio! ¡Los del coche americano! ¡Me persiguen para matarme!

Y se precipitó en los brazos del gendarme, loca de terror.

El «Cadillac» frenó bruscamente al final del Passage des Capucines.

El conductor vio que la mujer se arrojaba sobre el gendarme y avisó al Corso.

—Hay un gendarme, señor. ¿Seguimos?

—¿Estás loco? Da la vuelta rápido. Hemos de volver a la casa de esa mujer. Es el número veintitrés —respondió Zampa, atemorizado.

Desde arriba, Janine había notado que algo anormal ocurría en la calle.

El grito de muerte de Denis traspasó los cristales, de modo que la joven se asomó a una ventana y avizó la calle.

El «Cadillac» corría locamente calle abajo y Corinne se perdía ya hacia la rue du Cordonnier.

No hacía falta más para que Janine comprendiera la situación.

Por eso corrió hacia la habitación de Dallan y explicó jadeante:

—¡Marcel! Están ahí. ¡Persiguen a Corinne!

Dallan plegó la hoja de papel que estaba escribiendo y elevó los ojos.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes pueden ser? ¡Hombres de LaCorda! Denis venía guiándoles —exclamó, aterrada.

Dallan se alzó de la cama y anduvo hasta la ventana. La abrió y descorrió la cortina parcialmente.

El «Cadillac» avanzaba despacio, marcha atrás. Un hombre, con las piernas absurdamente torcidas, yacía, aplastado, sobre el piso de la calle.

Era Denis, Dallan podía reconocerlo.

Janine se abrazó a él, sollozando.

—¡Marcel! —gimió—. ¡Van a matarte!

Dallan sonrió.

—Trataré de impedírselo. Pero eres tú quien me preocupa, Janine. ¿No existe otra salida que la escalera?

—Está la azotea —respondió ella, esperanzada—. ¿Crees que...?

—Vamos —decidió él, sin permitirle seguir hablando.

Atravesaron el saloncito, el pasillo y la cocina y salieron a la terraza.

Dallan sólo vestía el pijama que Corinne le había procurado. Pero la pistola estaba en su bolsillo: era su única garantía.

Asomado sobre la balaustrada, Dallan miró abajo.

El lugar más accesible daba sobre la cúpula de cristal de un invernadero.

—Es del viejo Adolph Justin, el florista. Pero ¿cómo vamos a conseguir bajar? ¡Hay más de seis metros de altura hasta la cúpula! —exclamó Janine, con el rostro contraído por el temor.

—Peor es lo que nos llegará por la espalda dentro de unos minutos —respondió expeditivamente Dallan.

Janine le vio izarse hasta la balaustrada y bajar hasta quedar colgando del borde inferior.

—*Mon Dieu*, ¿qué vas a hacer?— preguntó ella.

—Te abriré camino a través de esos cristales. En cuanto yo haya caído, ¡salta sin pararte a pensarlo! Abajo hay vegetación abundante que atenuará el golpe. ¿Dispuesta, pequeña?

Janine intentó sonreír, muerta de miedo.

—Sí —murmuró.

Dallan balanceó las piernas y soltó las manos.

Sonó un estrépito de cristales rotos y Dallan desapareció a través del invernadero.

Janine se soltó, temblorosa, y saltó hacia el gran hueco abierto en los cristales por el cuerpo de Dallan.

A punto estuvo de gritar al verse en el vacío. Pero su cuerpo traspasó limpiamente el hueco y sus piernas troncharon los ficus que crecían frondosos en el invernadero.

Se alzó de entre el húmedo mantillo con los ojos muy abiertos, sorprendida de encontrarse sana y salva.

Alguien siseó entre la lujuriente vegetación.

Era Dallan, que le hacía señas para que avanzase.

—¡Marcel! —exclamó ella, llena de ansiedad en cuanto se reunió con el hombre—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. —Dallan sonreía y oprimía los hombros femeninos con cálida fortaleza—. Pero no grites. Sígueme.

Avanzaron por el senderillo y alcanzaron la puerta del invernadero. A través de un pasadizo llegaron a un almacén de útiles de jardinería. Había más habitaciones, todas viejas y desconchadas, llenas de macetas de barro.

A través de una puerta de maderas secas brillaban unas rendijas luminosas.

Dallan, que guiaba a la muchacha llevándola de una mano, se agachó y miró a través de las rendijas.

—¡Asombroso! —murmuró—. Asómate. Yo diría que nos encontramos en el mismísimo Passage des Capucines.

—¡Es el Passage des Capucines! —exclamó ella, pasmada.

—Aguarda —pidió él.

Y bajó el pestillo superior y tiró del inferior.

La puerta comenzó a abrirse lentamente. Por fortuna, *monsieur* Justin cuidaba, al menos, de engrasar las puertas de su negocio, pues los goznes no produjeron el menor chirrido.

Janine vio cómo Dallan asomaba la cabeza y volvía a retirarla inmediatamente, al tiempo que cerraba la puerta.

—Han subido todos a la casa de Corinne. Todos excepto uno, que vigila en la calle, junto al «Cadillac», con la mano metida en el bolsillo de la chaqueta. Está armado, naturalmente.

Janine dejó escapar un grito, pero Dallan la apretó contra sí y susurró:

—Serénate, pequeña. Yo arreglaré la situación. Escucha con atención. Quiero que vayas a entregar esto al comisario especial Martois. Repítelo: comisario especial Martois. —Dallan le entregaba un papel doblado.

—Comisario especial Martois —repitió ella, obediente—. Pero Marcel...

—A situaciones desesperadas, soluciones igualmente drásticas —sonrió Dallan, tratando de inspirar confianza a la muchacha—. Voy a desembarazarme de ese tipo. Está atenta, querida Janine. Pasados

unos segundos, asómate. Si me ves dentro del coche, corre en dirección opuesta y detén el primer taxi que encuentres. Y no te preocupes.

Volveremos a vernos.

—Pero... —murmuró ella, angustiada.

Dallan vio sus labios tan próximos que no dejó escapar la ocasión. A pesar de la tensa situación, el beso fue largo y prolongado.

Janine seguía con los ojos cerrados cuando Dallan se separó de ella, abrió la puerta y salió a la calle.

Inmediatamente, Dallan avanzó por la acera. Pero su avance, en honor a la verdad, no puede decirse que fuera muy ortodoxo.

El pistolero que se apoyaba sobre el «Cadillac» abrió mucho los ojos: un hombre en pijama avanzaba hacia él, describiendo ridículos y pocos viriles pasos de baile.

Tan inmensa fue la sorpresa del pistolero, que ni siquiera reconoció a Dallan.

Cuando el hombre llegó junto a él en sus grotescas evoluciones, el forajido se barrenó la sien de forma gráfica.

—*Ma foi!*— murmuró. —¿Es posible que tipos como éste anden sueltos por la calle?

Dallan se inclinó ante él en una cómica reverencia y el pistolero le contempló, incrédulo.

Súbitamente, Dallan sacó la mano del bolsillo y golpeó salvajemente al pistolero en la frente.

Apenas fueron unas décimas de segundo a partir de allí.

Janine asomó la cabeza y Dallan le señaló imperiosamente la calle. Esperó dos segundos, viendo a Janine que corría a buena velocidad calle arriba.

Entonces se introdujo en el coche, dio el contacto y aceleró.

Al llegar a la plazoleta del ensanche de la rue Montagne-Cordonnier, Dallan comprobó que Corinne seguía abrazada al gendarme, señalando imperiosamente hacia el Passage des Capucines.

En aquel momento, el «Cadillac» pasó junto a ella y Corinne vio a Dallan.

Su gesto de asombro fue tan cómico que Dallan dejó escapar una carcajada.

Frenó a la altura del grupo compuesto por la mujer y el gendarme y gritó:

—Ah, Corinne, veo que está bien protegida. En tal caso, *¡au revoir!*

Arrancó y se perdió por la rué Montagne adelante.

A través de Flauvert distinguió parejas de pistoleros que patrullaban por las calles o penetraban en los establecimientos.

Sin embargo, ni uno de ellos hizo algo por detenerle. El automóvil del Corso era su mejor salvoconducto.

Hacia mediodía, Dallan alcanzó la carretera de Lavéra y aumentó la velocidad.

Se dirigía a Le gai repos, seguro de que Giovanni LaCorda se encontraría en su lujosa finca de recreo.

¿Era Dallan un suicida? En cualquier caso, Marcel Dallan tenía un plan. Y estaba decidido a ponerlo en marcha.

CAPÍTULO XII

La cámara de televisión envió al conserje la imagen del coche de Marco Antonio Zampa *el Corso*.

El conserje comprobó la matrícula. Naturalmente, no podía ver a los ocupantes del automóvil, porque el brillo del cristal parabrisas se lo impedía.

Así pues, bajó una palanca y la primorosa cancela de hierro forjado pintada de blanco se abrió eléctricamente, dejando pasar el coche, tras lo cual volvió a cerrarse.

Dallan condujo a lo largo del camino de gravilla apisonada, rodeó los largos *bungalows*, los establos, la piscina...

Bajo la fresca sombra de un roble centenario, junto a una mesita puesta sobre el césped, se veía a un grupo de personas.

Uno de ellos era Giovanni LaCorda. Los otros... Jules Pierremont y Daniele, la ex señora Dallan.

Los tres siguieron con la vista al cómodo «Cadillac» del Corso.

Y los tres quedaron mudos de asombro cuando Dallan frenó y bajó del automóvil, dirigiéndose rectamente hacia ellos.

—Ah, todo el consejo superior del crimen reunido en asamblea de urgencia, ¿me equivoco? —bromeó Dallan, aproximándose.

Jules Pierremont, aquel astuto marroquí, catedrático, profesor de matemáticas, experto en químicas, saltó entonces hacia atrás de forma espectacular.

Dallan frenó en seco su retroceso extendiendo el brazo izquierdo armado con la larga «Beretta» de Lupo Pescara.

—Adelante, profesor —invitó, sarcástico—. Eleve su revólver, apriete el gatillo y comprobará por sí mismo las consecuencias en un espacio de tiempo asombrosamente corto.

El marroquí se mordió los labios, Daniele palideció. En cuanto a

LaCorda, parecía haberse convertido en piedra, como la mujer de Lot.

Sin transición, Dallan gritó:

—¡Vamos, profesor, arroje el revólver y póngase boca abajo sobre el césped a distancia prudencial!

Pierremont obedeció, sumiso.

Dallan se aproximó y tomó asiento a la mesa.

—Veo que llego a la hora del aperitivo —bromeó. Y dejando la pistola sobre la mesa, descuidadamente, se sirvió tres dedos de martini en un vaso.

Veloz como el de una gata fue el zarpazo de Daniele, tratando de alcanzar la pistola.

Pero el golpe que machacó sus finos dedos sobre el acero no pecó de suave. La mujer gritó de dolor, Pierremont se rebulló en el césped, LaCorda se encogió sobre sí mismo.

Dallan retiró la mano de Daniele sin violencia, recuperó la pistola con la derecha y probó un sorbo de su Taso.

—Jamás hubiera sospechado de ti, Daniele —dijo con voz concentrada—. Por supuesto, ahora sé que nunca me quisiste.

—Eso es —murmuró ella con los labios apretados—. Eres muy perspicaz. Jamás te quise. Pero me convenías.

Las facciones de Dallan se endurecieron notablemente. LaCorda, que le observaba, vio que el dedo índice de la mano que empuñaba la pistola se plegaba sobre el gatillo.

—No sea imprudente, muchacho. Asesinarnos no le serviría de nada. Hay otros hombres en la casa. En cuanto escucharan un disparo... —advirtió.

—Vamos, vamos, jefe: la pistola tiene un silenciador, ¿no lo ve? Pero ¿quién dijo que yo quisiera asesinarles? He venido aquí por mi voluntad, ¿o no? —rió Marcel.

LaCorda le miró, incrédulo.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que he dicho. He venido a devolverle lo que es suyo, jefe. Es decir, para ser claros: doscientos kilos de heroína refinada. Si va a preguntarme por qué los robé, ahórrese la pregunta. Yo se lo diré: quería ascender rápidamente en su confianza, en su estimación. Y para ello debía demostrar que yo soy el mejor de todos. No, no siga pensando que he venido aquí porque se me cerraban todas las

salidas, porque me fuera imposible huir. He robado su coche al Corso, he dejado malherido a uno de sus hombres y me he burlado de ellos. ¿Es suficiente prueba?

Giovanni LaCorda entornó los ojos. ¡*Parbleu!*!, estaba visto que aún no era lo suficiente viejo y experimentado para conocer a todos los hombres.

—No puedo creerlo —murmuró, asombrado—. ¿Dónde está el alijo?

—En lugar seguro. Nadie podría encontrarlo.

Acompañando a sus palabras, Dallan volteó la pistola, extrajo el cargador y lo mostró a LaCorda. Estaba vacío...

—No he venido a pavonearme, sino a demostrarle que soy el mejor de sus hombres, patrón. Si quiere seguir teniéndome a su lado, dígallo. En tal caso, no admitiré que otros hombres posean mayor categoría que yo en su organización —y señaló a Pierremont—. Si no le convengo, le entregaré el alijo, le pediré mi sueldo y me marcharé. ¿Qué decide?

LaCorda respiró ampliamente. Y se pasó un dedo por el cuello de su camisa, empapado de sudor.

Súbitamente rompió a reír hasta que sus ojos se llenaron de lágrimas.

En medio de las carcajadas, exclamó:

—¡Dichoso Dallan! ¿Sabe que me ha dado un susto de muerte? ¡Ja, ja, ja! Es gracioso. Está bien, quédese. Ha demostrado muchas cosas. Pero... ¡ja, ja, ja! Es increíble... ¡burlar a Marco Antonio Zampa!

Rió todavía un rato, apoyando las manos sobre su vientre.

Luego LaCorda apoyó una mano sobre el hombro de Dallan y dijo:

—Vaya a vestirse, Marcel. Almorzaremos juntos. ¡Jules! Coge a tu entretenida y marchaos. Quiero estar a solas con Dallan.

Marcel dirigió una mirada a Pierremont y otra a Daniele y les volvió la espalda. ¿Tenía ganada la partida?

* * *

LaCorda había estado zahiriendo con saña a Marco Antonio Zampa, después de tomar café y coñac en compañía de Dallan.

Finalmente, el patrón decidió que el Corso y tres de sus hombres les acompañasen a recoger el alijo de heroína.

—¿Rué Lombard? —rió LaCorda—. Es usted un condenado burlón, Marcel. Pensar que mis hombres han recorrido docenas de veces esa calle... Está bien, usted vendrá conmigo, Marcel. Zampa nos seguirá en su coche.

A las siete de la tarde, uno de los carísimos coches del gángster abandonó Le gai repos.

Durante el camino, LaCorda se mostró de extraordinario buen humor. Bromeaba con Dallan y se burlaba constantemente del Corso y también de Daniele.

—Ella no es buena mujer, ¿sabe, Marcel? Estoy seguro de que le ofreció ayuda para tratar de apoderarse del alijo. Pero se ha comportado como una estúpida. Usted, Marcel, es un hombre. Pierremont... tal vez le de baja en mi organización. Su piel es demasiado oscura para mi gusto.

Dallan asentía, pero no decía nada.

A las ocho, los dos automóviles se detenían en la rué Lombard. Justamente delante de la pescadería de Gaston Tunneau y detrás de una gran furgoneta-frigorífico para el transporte de pescados.

No bajaron inmediatamente. A través del radioteléfono, LaCorda dio sus instrucciones a Marco Antonio Zampa.

—Bajen y vigilen la calle. En caso de que todo esté en regla, dos de ustedes quédense fuera vigilando. Usted, Zampa, baje y entre en la pescadería.

Cuando todo estuvo a punto, LaCorda ordenó a Dallan que bajase. Las tiendas estaban cerradas ya, lo que convenía a los planes de LaCorda.

Bajando, el gángster se echó a reír nuevamente.

—Conque una pescadería, ¿eh? —exclamó, tomando amigablemente del brazo a Dallan—. ¡Es usted el diablo, Marcel! Y a propósito de ello, se me ocurre un nuevo menú... ¡Mariscos a la heroína! ¿Eh, qué tal?

Penetraron en la pescadería.

Dallan se adelantó y habló con Tunneau.

—Gaston, las cajas de mariscos que te confié. Vamos a llevárnoslas —rogó.

—Ah, *monsieur* Dallan. Enseguida las sacaremos. ¡Tú, Moraud!

—gritó a su ayudante—. Saca las cajas de *monsieur* Dallan del frigorífico.

LaCorda hizo una seña y el Corso se adelantó y registró la primera de las cajas. Un momento después mostraba a LaCorda una de las bolsas de heroína.

—Es buena, patrón —informó.

—¡Maravilloso! —rió LaCorda. Y de repente, su rostro se transfiguró de cólera—. Entonces... ¡podéis ametrallar a Dallan! ¡No quiero hombres tan sagaces en mi organización!

Los dos pistoleros del Corso penetraron en la pescadería y abrieron fuego.

De detrás del mostrador surgieron media docena de hombres de uniforme que empuñaban metralletas.

Antes de que los pistoleros hubieran alcanzado a alguien con sus ráfagas, las metralletas de los gendarmes enviaron un chorro de plomo sobre ellos, proyectándoles violentamente sobre las alicatadas paredes de la tienda.

El Corso dejó caer su revólver y retrocedió hasta la pared. En aquel momento, tres hombres saltaron por encima de los cadáveres de la puerta y penetraron en la pescadería.

Uno de ellos era el comisario Jean Martois, de la brigada antinarcóticos.

—Queda arrestado, LaCorda —anunció Martois con voz potente—. Espósenle.

El gángster enrojeció de ira.

—Está loco, Martois. ¡Le arruinaré! —gritó.

—Ya arruinó a muchos, LaCorda. A miles de personas. La acusación es, por ahora, tráfico de estupefacientes. ¿La condena? Unos veinte años. No podrá resistirlo, LaCorda. Pero además existen otros cargos contra usted: como el reiterado intento de asesinato de un inspector de policía: el inspector Dallan.

—¿Dallan policía? ¡Es absurdo! Y por otra parte... ¡tengo pruebas de que él asesinó a Claude Choffin! —bramó LaCorda.

—¿Usted cree? —rió Martois. Y gritó—: ¿Quiere pasar, *monsieur* Choffin?

El hombre que entró, sonriente y lleno de salud, era Claude Choffin, director de una agencia de investigación privada.

—Queríamos atraparle, LaCorda. Pero usted era demasiado

escurridizo. Dallan se comprometió a abordar el caso. Y ha triunfado. Lévense al detenido. Tendrá ocasión de satisfacer su curiosidad en la comisaría.

Los gendarmes se llevaron al Corso y a LaCorda. Una ambulancia retiró los cadáveres.

—Muy notable, Gaston —estaba diciendo Dallan al pescadero—. Fueron ustedes muy valientes, prestándose a esta pantomima.

—Alí, no tan valientes. Sabíamos que debajo del mostrador estaban los gendarmes —respondió Tunneau, sonriente.

Luego Martois tomó a Dallan por los hombros y lo sacó a la calle.

—Pero, Martois, ¡has mentido! ¡No soy policía, me expulsaron! —protestó Marcel.

—¿Quién va a saberlo? —rió el comisario—. Dentro de unos días llegará el decreto del ministro del Interior, autorizando tu reincorporación. Es posible que te concedan una medalla. Y te ascenderán. ¿Está mal, Dallan?

Marcel se pasó la mano por la frente. No había sido fácil, sólo él lo sabía bien. Había sufrido mucho y el dolor físico no había sido el más insoportable. Daniele...

—No habrá acusaciones contra ella, Marcel —aseguró Martois, como si hubiera adivinado sus pensamientos.

Dallan apretó su mano.

—¿Y ella? —exclamó, de pronto, con gran ansiedad—. ¿Janine?

—Está en la cabina de la furgoneta-frigorífico. No pude convencerla de que podría correr peligro y dejé que nos acompañara. ¿Interesado por ella, inspector Dallan? —preguntó, burlón.

—Más de lo que he estado jamás por ninguna otra mujer —gritó Dallan, corriendo hacia la furgoneta.

Abrió la portezuela y se disponía a subir cuando comprobó, pasmado, que la cabina estaba vacía.

Bajó, desolado.

La calle estaba llena de gente que contemplaba a los gendarmes y al natural movimiento policial.

Corriendo más que caminando, por la acera de enfrente, se escurría Janine.

Dallan cruzó alocadamente la calzada y la alcanzó. Y tomándola

por los hombros la obligó a volverse.

—¡Ah, no, no, Janine; eso no está bien! ¿Te marchabas sin despedirte de un buen amigo? —exclamó.

Ella le miró con aire triste y ojos brillantes de lágrimas.

—Ya terminó todo, Marcel. Tú eres un policía. Yo... —sollozó.

Dallan la atrajo por la cintura y la besó apasionadamente. Tan largo fue el beso que algunas personas que transitaban por la acera se detuvieron y contemplaron, asombrados, a la pareja.

Al fin, los dos se separaron y observaron los rostros regocijados de los curiosos.

Janine enrojeció; Dallan se embarulló cuando iba a estallar en improperios.

Al fin carraspeó, sonrió y dijo:

—No se asombren, amigos: es mi novia. Y vamos a casarnos muy pronto.

Una señora tocó alborozada las palmas. Y los demás curiosos se sumaron al aplauso.

Entonces Dallan arrastró a Janine calle adelante hasta que en el cruce lograron detener un taxi.

—Rué Lombard —ordenó el policía.

Janine le miró, asombrada.

—¿Rué Lombard? —exclamó, confusa—. ¿Es tu casa?

—La nuestra —rió Marcel, estrechando sus manos.

Acarició el rostro de Janine con lenta suavidad y luego pasó un brazo sobre sus delgados hombros.

—Verás, Janine: he decidido contártelo todo esta noche —dijo con voz emocionada—. Mi apartamento estará un poco alborotado, pero es muy cómodo e íntimo. Compraremos una botella de vino y algo de comida y charlaremos largamente. Tú me hablarás de tu familia, si quieres, y de tu vida en el pueblo. ¿O tal vez piensas volver al teatro?

—¡Oh, no! —exclamó ella, alarmada.

—Eso está bien. Yo te hablaré de muchas cosas. Algunas tristes, otras alegres. Beberemos y comeremos, descansaremos tranquilos, hablaremos, si quieres, hasta la madrugada. Y después..., ¿quieres?

Janine cerró los ojos y se estremeció de placer. —Sí, Marcel— susurró.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...

Notas

[1] En francés: «El alegre descanso». < <

[2] Maquereau: alcahuete. < <